

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

ó

LOS AMORES DE PARIS.



EL TIEMPO DE LOS MAYAS

0

LOS MAYAS DE LOS MAYAS



13 cm.
R. 43.523
EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

ó

LOS AMORES DE PARIS;

novela escrita en francés

POR

PAUL FEVAL,

y traducida al castellano

POR

D. A. C. G.

TOMO VI.

SEVILLA: 1851.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.



EL TITULO DE LOS AMORES

LOS AMORES DE PARIS



PAUL FÉVALE

Traducción de la obra

por

D. A. C. C.

TOMO VI

SEPTIEMBRE 1871

Imprenta de la Compañía de la Prensa y el Comercio
Francisco Calle de la Herrería

VI.

La Madrugada de Biot.

Denisart fijó en Roby sus ojos espantados, como queriendo leer en la fisonomía móvil y atolondrada de su amigo, el valor que debía dar á sus palabras.

Roby, risueño y satisfecho de sí mismo, resistió lo mejor que le fue posible esta muda interrogación; y tuvo la complacencia de contemplar el techo durante algunos segundos, á fin de dar al tímido Denisart tiempo suficiente para que le examinara á su gusto.

El resultado de este exámen fue una guiñada de los ojos celosos de Denisart y una tosecita seca, mas espresiva quizá.

Roby inclinó sus ojos hacia él y miróle de pies á cabeza.

—Ah! dijo el poeta y maquinista, con que no has logrado hacer fortuna, Denisart?

Recobró el humanitario su sonrisa contrai-da y encojióse de hombros. Hecho esto, gui-ñó los ojos y tosió de nuevo.

—Ya te comprendo perfectamente, repu-so Roby con un aire de bondad harto im-pertinente. Eso quiere decir en buen ro-mance que eres una víctima desventurada de la imbecilidad de tu siglo... que tienes demasiado mérito para lograr hacer fortu-na, y otras simplezas comunes á los hom-bres de genio... Hay mucha verdad en to-do esto, mi pobre Denisart; pero es pre-ciso confesar tambien que tu genio no es de la especie de los mas seductores. Apues-to á que alimentas aun tu pensamiento! Eh?.....

—Siempre, respondió Denisart.

—A fè mia! dijo Roby, hay ciudadanos muy dignos que han ganado muchos mi-llo-nes en el tráfico de negros... Definitiva-mente, tu pensamiento no es mucho mas diabólico que el suyo... tú te limitas á ar-rebatar al pueblo su último pedazo de pan... Bien reflexionado, esto es muy sencillo.

—Cuando uno se ve pobre, respondió Denisart, debe esperar naturalmente que le juzguen mal... sobre todo sus antiguos compañeros... Mi pensamiento es tan noble, señor Roby, tan noble como vos le juzgais infame!Cuál es mi objeto?...

—Tu objeto? interrumpió Roby. Es una friolera!... se reduce á componer monedas de cinco francos con céntimos...

—Mi objeto, repuso Denisart con cierto énfasis que contrastaba sobre manera con la perplejidad hipócrita de su mirada, mi objeto es consolar á los que sufren y hacer conocer al pobre sus derechos y su valor... Oh! añadió animándose friamente, mi mision es santa, señor mio, y yo la veo mas bella y mas grande á medida que se la calumnia más!

Roby le miró cara á cara, dándose un golpecito en su escurrido vientre.

—A no ser por tu malditísima figura, Denisart, dijo, yo estaria siempre tentado á tomarte por un apóstol... Y aun á pesar de tu figura, que es una magnífica señal, si no nos hubieras mostrado una vez toda tu máquina, allá en la hospederia del Salvage, solo te creeria galopin á medias.

Se levantó Roby, hizo una pirueta en el aire y ajitó fuertemente el cordon de una campanilla.

Denisart habia tomado la actitud de un hombre que se resigna á sufrir un ultraje injusto.

—Lo que te digo, repuso Roby, no es por enojarte, querido mio; al contrario, estoy dispuesto á hacer algo por tí...

Denisart levantó timidamente sus ojos, que huian de la luz, y recobró su sonrisa contraida.

—Os hallais con fondos? preguntó este en voz baja.

—Medianamente, respondió Roby. Pero el préstamo no entra en mis hábitos... Hablo de influir en tu favor con alguno de mis amigos, con la Baronesa, por ejemplo... ó con el Duque de Compans-Maillepré.

—El Duque de Compans? repitió Denisart; el Duque de Compans... que tiene quinientas mil libras de renta!...

—Eso constituye una posición desahogada, no es verdad? dijo Roby... Ultimamente se me ha propuesto ocupar un destino en su casa, mas ya conoces tú que mi posición....

—Qué quieren estos señores? preguntó un criado acudiendo al son de la campanilla.

—Amigo mio, respondió Roby, hace ya un largo cuarto de hora que estoy esperando... esto no me parece regular!

—Ya he dicho, caballero, repuso el cria-

do, que madama la Baronesa está ocupada...

—Eso será muy bueno, replicó Roby, pero yo no tengo tiempo de esperarme... Madama la Baronesa tendrá la bondad de interrumpir un momento sus ocupaciones... Llevadla esto, amigo mio.

Roby sacó del bolsillo una de las targetitas en que aparecia su nombre eserito en letras góticas en el centro de un manojode rúbricas, y entregósela al criado que salió al punto.

—Me hablábais de un empleo?... dijo Denisart.

—Tutéame, querido mio, tutéame!.. Hablaba en efecto de un empleo... Se trata de la plaza de secretario segundo de M. el Duque... Te convendria esto á tí?

Habia consumido Denisart sus últimos recursos en los preparativos para fundar su famoso periódico el Proletario. Este hombre no era uno de esos galopines al por menor que saben desquitarse y reponerse con mil pequeñas industrias. Tenia su innoble pensamiento, como otros tienen pensamientos nobles y grandes. Él veia siempre las cosas en grande, y solo sobre grandes bases queria desenvolver su sistema fundado en la explotacion de la miseria.

De manera que, tan infame y todo como era, corria verdaderamente ese riesgo comun á todos los hombres de genio, el riesgo de morir de hambre.

El criado apareció de nuevo á la puerta.

—Madama la Baronesa os recibirá otro dia, dijo.

—Es conmigo con quien estás hablando, tunante? exclamó Roby enderezando el cuerpo en esa actitud extraordinaria, con que los cómicos pretenden representar el desembarazo de un gran señor.

El criado no respondió palabra, pero abrió las dos hojas de la puerta y colocóse á un lado, dejando el paso libre.

Denisart, siempre sumiso, tomó el sombrero y salió el primerito.

—Tunante, repitió Roby, haciendo lo mismo, la primera vez que vea á madama la Baronesa, yo te haré castigar por tu insolencia...

Y pasó con aire soberbio por delante del criado estirándose las chorreras (ausentes) de su camisa.

Salvadas así las apariencias, reunióse á Denisart en la escalera, y enlazó un brazo con el suyo.

—Sabes, querido mio, que la Baronesa

se espone tratándome con tan poca atención?

Denisart guardó silencio; estaban todavía en el patio.

Luego que hubieron traspuesto el umbral del porton y atravesado la calle, Denisart respondió sin levantar los ojos:

—Y sabes tú lo bastante para poder amenazar?...

—Amenazar y cumplir mis amenazas.

—Yo, por mi parte, estaba tan borracho... murmuró Denisart.... No me acuerdo de nada... no conservo en la memoria mas que algunas palabras pronunciadas fuera de tiempo por unos y por otros... Pero si quisieras tú decírmelo todo..... Esta Baronesa es muy rica!... Podremos volver juntos los dos...

Denisart y Roby pasaron todo aquel dia en el café de la Opera. La misma noche, Denisart por recomendacion de Roby y de M. Burot, fué colocado en calidad de secretario cerca de M. el Duque de Compans-Maillepré.

Hé aquí por qué Denisart se introdujo cuarenta y ocho horas despues de esta escena, durante la noche, en el viejo palacio de Maillepré, por la puerta del jardin que daba á la

calle Paienne.

El palacio de Maillepré habia servido algun tiempo de casita de recreo á M. el Duque de Compans. Era bajo muchos aspectos un retiro precioso y lleno de escelentes cualidades, pero tenia el defecto de estar situado en ese buen Marais, al que, á pesar de nuestro deseo, no podemos defender contra su reputacion de curiosidad chismosa y de implacable murmuracion.

Bajo este aspecto, el Marais, es poco menos odioso que una ciudad de provincia, con lo que todo queda dicho.

Allí, pues, saben siempre los vecinos todo lo que sucede en casa de los vecinos; hablan de ello largamente; y ora sea jugando á los naipes, ora repitiendo los inocentes equívocos del juego de lotería, glosan, juzgan y condenan.

Allí, hay doncellonas indigestas, señorones á la antigua sin sal en la moliera, y señoras solemnemente chochas que constituyen un tribunal supremo y muerden al prójimo con los pocos dientes que les quedan.

Todo se sabe en estos virtuosos arcópagos cuyos miembros seria conveniente ahogar uno por uno como perros rabiosos. Lo que no se sabe allí se adivina. Lo que no se adivina se inventa.

Cuál será el lugar destinado en el infierno para estos seres medianamente antropófagos que mastican cada noche un trocito razonable de carne humana?...

Si solo se ocupasen de cosas vergonzosas ó vituperables, aun podria elogiárseles, á pesar del hedor repugnante de su jurisdiccion. Hay objetos por su esencia feos á la vista, amargos al gusto, crueles y disonantes al oido, y que no se maldicen sin embargo porque son útiles. Pero para qué sirven estos seres de que vamos hablando? El arpon de sus calumnias se dispara hiriendo siempre al acaso. Estos seres muerden al primero que se les presenta, y le muerden sin mala intencion, solo por matar el tiempo, por divertirse, en fin por tener alguna cosa entre los dientes.

Nosotros, ciertamente, hubiéramos dejado en paz á estas buenas lenguas del *Marais*, que no pueden compararse ni de cien leguas con sus cólegas de provincia, si sus tiros se hubiesen dirigido únicamente al Duque de Compans y á su *casita de recreo*. La voz pública constituye un tribunal cuya competencia no rechazamos nosotros de ningunmodo, y que es desgraciadamente el único llamado á fallar en ciertas causas infames y vergonzosas. Pero M. el Duque de Compans

es aquí una escepcion, y ya se sabe, por otra parte, que esas lenguas viperinas no consti-
tuyen una porcion de la voz pública.

Prescindimos de esos ojos, abiertos como gateras, que penetran las paredes, de esos oídos tapujados que escuchan á través de los pisos.

El hombre que arrojó por la ventana de un quinto piso, á una vieja que estaba escuchando junto á su puerta, obró solo, á nuestro modo de ver, con alguna precipitacion, y nada mas, porque la viejecilla, despues de caer á la calle, volvióse á levantar lo mismo que un gato y comenzó á correr.

En suma, la chismografia del *Marais* fue útil una sola vez, por casualidad. M. el Duque y su secretario retrocedieron espantados al contemplar la notoriedad que habia llegado á iluminar desde luego sus misteriosas aventuras.

La calle *Paienne*, la de *Frans-Bourgeois*, *Culture-Sainte-Catherine* y la del Parque Real hubieran sido capaces de levantarse en masa para arrancar los ojos á M. Burot, si este digno secretario no hubiese hecho una retirada á tiempo.

El palacio quedó desierto.

No afirmaremos nosotros si los honrados vecinos del contorno tuvieron un verdadero

dolor de ver cesar el escándalo, porque el abandono completo del palacio les arrancaba un manantial inagotable de murmuración y chismografía.

M. Burot, por lo tanto, tuvo que dedicarse seriamente á buscar nueva *casita de recreo*.

Estas cosas se encuentran pronto: hay edificios que parecen distribuidos precisamente con este fin. Tienen tanta habilidad nuestros arquitectos!...

M. Burot, á quien su terror alejaba todo lo posible del *Marais*, en donde se habia visto á riesgo de pagar la pena de su escéntrico destino, descubrió cerca de los Campos-Eliseos en la calle de *Ponthieu* una casa encantadora, adornada de todos los requisitos indispensables para el caso.

Esta casa, pequeña, alegre y situada al extremo de un jardín, estaba á la espalda de la calle de Montaigne, de la que solo la separaba una plazuela plantada de árboles.

En el barrio de los Campos-Eliseos hay también gente curiosa y registrona; pero de otra manera muy diferente. Allí tiene el amor derecho de asilo. Aquella parte de París es el punto céntrico de los placeres senatoriales, de las caricias parlamentarias y de los pasatiempos diplomáticos...

Habia conservado M. Burot, sin embargo, una llave de la puerta del palacio que daba á la calle de Paienne. Esta llave fue de la que se sirvió Denisart para introducirse desde luego en el palacio, y despues en el largo corredor que conducía al ala derecha.

La puerta del cuarto de Gaston estaba abierta. Denisart entró. Ya hemos referido los acontecimientos que se siguieron á su entrada...

Habian pasado ya mas de cuatro horas desde el rapto de Santa. El dia comenzaba á despuntar. Las negras paredes del palacio de Maillepré se destacaban sobre un cielo menos sombrío.

Asi dentro como fuera reinaba un profundo silencio.

La tempestad de la víspera se habia desvanecido enteramente. El cielo estaba blanquecino y el viento soplaba fresco y penetrante. Una capa no muy espesa de nieve cubria el patio del palacio, señalando en relieve los redondos guijarros.

La nieve se habia deslizado de los tejados, muy pendientes y cortados á pico, dejando solo una franja brillante á lo largo de los caballetes.

El primer rumor que interrumpió aquel silencio, procedia del cuartito de Juan Maria

Biot. Oyóse el chasquido de un eslabon chocando con la piedra, y casi al mismo tiempo iluminóse la porteria.

Cualquier curioso que se hubiera asomado á los vidrios oscurecidos de su habitacion, hubiese podido ver levantarse y vestirse al aldeano breton.

Su tocador no fue de mucha duracion. Biot ajitó sus largos cabellos, cuyos mechones grises se estendieron mezclados sobre sus anchos hombros; púsose el pantalon y lo demas de su trage, y colocóse luego de rodillas ante la imagen de la Virgen colgada en la pared de su cuarto.

Su oracion duró bastante tiempo. Por el movimiento de sus labios, hubiera podido adivinarse que pronunciaba en voz baja los nombres de los hijos de Maillepré.

En su leal semblante se pintaba la expresion de una fé segura y varonil.

Despues que hubo coronado su oracion con la señal del cristiano, levantóse y fue á sentarse junto á su tarea comenzada.

Asió con sus manos vigorosas y rudas las barretas de hierro y comenzó á torcerlas con una especie de animosa jovialidad.

La noche anterior habia sido buena. Se tenia noticias de Gaston; el alma de Biot rebosaba de esperanza y seguridad.

Pero despues de haber amudado algunas barretas de su enrejado, sus dedos comen- zaron á vacilar de repente. Su mirada erró distraida... Torció todavia algunos arambres con cierta indolencia y sus manos se dejaron caer al fin sobre sus rodillas.

Biot elevó los ojos al cielo; una espresion de dulzura y felicidad suavizó entonces la rús- tica energía de sus facciones.

En sus labios vagaba una sonrisa, y su mi- rada brillaba cariñosa y tierna. Pensaba en Gaston.

—Será necesario no mostrar gran regocijo, murmuró; cuando vuelva á nosotros... será preciso aparecer frio y decirle: La señorita Santa ha llorado mucho!...

Interrumpióse de repente y añadió mecien- do su cabeza:

—Oh! sí, mucho ha llorado!... El me es- cuchará esto, se pondrá triste... pero no vol- verá á batirse mas.

Biot derramaba lágrimas, y se ronreia, al mismo tiempo, enternecido.

—Se aman tanto los dos!... niños queridos de mi alma!... En tanto que Dios les guarde el uno para el otro, aun podrá haber felicidad bajo el pobre techo de Maillepré!...

Clareaba el crepúsculo poco á poco los vi- drios de la portería. Biot, en lugar de volver

á su tarea, echó á un lado su taburete y fué á colocarse junto á la ventana que daba al patio.

En el poyo de aquella ventana estaba todavía el manuscrito de Berta, cuya dolorosa lectura habia él terminado aquella misma noche.

Biot sabia ya todo el secreto de Berta.

Dejó caer su mano sobre el manuscrito cerrado, y sus ojos entristecidos jiraron corriendo errantes por todas las ventanas del ala derecha.

Un fuerte suspiro estremeció su pecho.

—A esta... murmuró, quien podria ya volverla la felicidad?...

Quedóse un instante silencioso é inmóvil; despues cerró los puños, y bajo sus cejas fruncidas apareció la espresion amenazante de sus ojos desencajados.

—Ah! yo encontraré al infame! dijo; le asesinaré, como él ha asesinado á la pobre niña... y Dios no me castigará!

Habia cambiado el giro de sus ideas. Ahora recordaba que el dia anterior habia dejado á Berta moribunda, próxima á doblarse bajo el peso de su estenuacion.

Entróle una mortal inquietud; y aunque no habia llegado la hora en que subia de ordinario á la antecámara de la abuela, Biot atra-

vesó el patio á largos pasos y ganó precipitadamente la escalera del ala derecha.

Encontró sin cerrar la puerta del cuarto de Gaston. Esta circunstancia le causó poca estrañeza, atribuyéndola á que él, en su turbacion de la noche antes, habria cometido aquella falta poco importante.

El cuarto de Gaston estaba tal como habia quedado á la brusca partida del jóven. La cama continuaba deshecha. Veíanse esparcidas á uno y otro lado las diferentes prendas de su trage de artesano.

Biot dirigió una mirada melancólica á aquella cama vacía y descompuesta; despues abrió la alacena practicada en la pared y sacó su librea.

Entonces comenzó su disfraz de cada dia.

En tanto que se ponía el pantalon, creyó oír en la habitacion de Santa un ruido sordo y periódico, cuyo origen era un misterio para él.

Detúvose á escuchar. El ruido continuaba; era como el ronquido sordo de un hombre que se ahoga en su sueño.

Biot creyó que deliraba. No podia darse cuenta de áquel suceso extraño, y queria persuadirse de que era un error.

Siguió, no obstante, con el cuello esten-

dido y el oído atento, abotonándose su pantalón de librea, y tomó la casaca para ponerse a su vez.

Pero en el mismo instante un ronquido mas fuerte resonó en la pieza inmediata, tan distinto y retumbante, que Biot comenzó á temblar, y soltó la casaca, que cayó al suelo.

El buen criado, pálido, conmovido hasta un extremo que no es posible describir, atravesó de puntillas la habitacion, y abrió la puerta que daba al dormitorio de Santa.

Y aunque la luz brillaba dudosa todavia, Biot alcanzó á distinguir un hombre atravesado sobre la blanca camita de la hermosa niña.

Lanzó un grito espantoso; despues dominado por una especie de mortal estupor, y sin fuerzas ya para gritar de nuevo, se apoyó en la pared para no caer desplomado. El hombre tendido sobre la cama no habia hecho el menor movimiento. Estaba con el rostro envuelto entre las ropas, y continuaba roncando furiosamente.

Pasarónse asi algunos segundos... La puerta de la cámara de la abuela se abrió de improviso. Berta, vacilante, descolorida como una estatua, se presentó al umbral.

Dos intrusos.

Se presentaba Berta, atraída por el grito de angustia que se habia escapado del pecho de Juan Maria Biot, á la vista de un hombre atravesado en el lecho de Santa.

Aquel hombre era Denisart, que ni se habia vuelto á mover siquiera desde la retirada de sus cómplices, agoviado por el profundo sueño de la embriaguez.

--Que sucede? preguntó Berta con voz desfallecida.

Biot no respondió: su cuerpo robusto estaba estremecido por violentas convulsiones.

—Biot, volvió á decir Berta; por qué habeis dado ese grito?... Qué teneis?...

Biot hizo un esfuerzo desesperado sobre sí mismo, y enderezóse á toda su altura.

—Qué tengo!... murmuró con voz ronca y ahogada. Estoy soñando acaso?... Mirad! mirad!

Y estendió su brazo hácia la cama donde dormia Denisart.

Berta dirigió los ojos á aquel lado y dió un paso en el interior de la habitacion. Pero sus piernas no tenían fuerza para sostenerla; apoyóse desfallecida sobre la mesita en que Santa trabajaba ordinariamente, y permaneció temblorosa esforzándose á contener su aliento.

—Ella no está... murmuró.

Biot no habia visto aun mas que el lecho violado, y un hombre que dormia. No se habia apercibido siquiera de la ausencia de Santa.

El dia iba entrando. Biot solo necesitó una ojeada para convencerse de la triste verdad que encerraban las palabras de Berta.

El lecho estaba vacío y la ventana abierta...

Biot, cuyo semblante habia palidecido desde luego, se puso de repente como la escalata; su sangre, precipitada impetuosamente hácia el cerebro, enrojeció sus ojos

haciendo latir sus sienes con violencia. Atravesó á paso lento el espacio que le separaba del lecho de Santa.

Al llegar junto á Denisart, permaneció un instante enhiesto, y contemplo desde su altura aquel cuerpo arrugado, inerte, que conservaba todavia la actitud caprichosa y cínica que le habia dado su caída.

Despues dobló el aldeano sus robustos riñones. Asió con una mano á Denisart por los cabellos, elevóle y le arrojó como un ovillo á los pies de Berta.

El pedante, despertado por este golpe, comenzó á refunfuñar sordamente, frotándose los ojos, que no querian abrirse. La mesita de Santa estaba colocada junto á la ventana, y Denisart habia caído á los pies de la mesa, de modo que el sol naciente iluminaba vivamente su rostro encarnado, salpullido de manchas lividas.

Berta bajó sus ojos hasta él.

En el instante de distinguirle, un estremecimiento doloroso agitó todo el cuerpo de la pobre niña, que se dejó caer sobre una silla, y cubrió su semblante con ambas manos, murmurando:

— Es él!... es él!...

No habia tardado Biot tanto tiempo en reconocer al hombre que yacia revolcándose en

el suelo. La lectura del manuscrito de Berta estaba harto reciente, y los sucesos referidos en él llenaban demasiado su memoria para que él hubiera podido dudar un solo instante.

Permanecía junto á la cama, con las manos crispadas, los ojos sangrientos y con una espresion de cólera furiosa en todo su semblante.

Sus largos cabellos se agitaban á los estremecimientos de sus músculos; su respiracion era un ronquido...

—Sí! sí! pronunció Biot con voz profunda; es él! ciertamente que es él!...

Denisart le dirigió una mirada estúpida.

—Yo nunca he estado aqui, murmuró el pedante. Nunca mas he venido á esta barraca...

Y al contemplar la actitud amenazante de Biot, añadió:

—Por dónde se sale de aqui?

Biot se sonrió con una espresion de alegría cruel.

Nada respondió; pero adelantóse hácia Denisart y agitándole rudamente:

—En donde está ella? dijo.

—Quién? preguntó Denisart.

—La señorita Santa, respondió Biot, cuyos dientes apretados apenas daban paso á su voz.

—No la conozco, dijo Denisart.

Berta estaba tendida en la silla. De vez en cuando su mirada estinguida se deslizaba por entre la abertura de sus dedos buscando a Denisart.

Cada vez que le veía de esta manera, todo su sér se estremecía para quedarse luego en una inmovilidad mas inerte. Y, sin embargo, no podía menos de mirar á aquel hombre cuya presencia acababa de asesinarla.

Al cabo de algunos instantes osciló su cabeza, sus ojos se cerraron completamente, y cayó desmayada junto á Denisart.

Su blanco vestido se rozó con el sucio traje de aquel miserable que sonrióse al verla, con aire embrutecido.

—Esta se parece á una de mis conocidas, dijo el escritor; pero mi amiga tenía mas colores.

La rabia de Biot, que habia llegado á su colmo, no dejaba lugar á ningun otro sentimiento. El aldeano clavó sus ojos secos en Berta desmayada... Solo por un vago instinto de respeto arrastró á Denisart lejos de ella...

—Escucha, repuso ajitando al pedante por los cabellos; me creo capaz de no matarte, si me dices adonde la han conducido... Pero, despacha!... Pronto, pronto!... ya ves que

estoy fuera de mí!...

—Me estais haciendo daño, balbuceó Denisart, daño en la cabeza...

Biot soltó sus cabellos y púsole de pié pataleando.

—Dónde está ella? dónde está ella? repitió el portero. Solo tienes un minuto para salvar tu vida!

Las manchas lividas de las mejillas de Denisart, crecian y se estendian invadiendo todo su semblante. Un confuso terror le helaba; pero estaba borracho todavia y le era imposible responder.

Biot se contenia con todas sus fuerzas para no aplastarle; y conociendo que no podria contenerse mucho tiempo de este modo, alejóse bruscamente y comenzó á recorrer la habitacion á largos pasos.

Aun yacia Berta desmayada.

Un acceso de dolor dulcificó por un instante la saña de Biot; sus ojos enternecidos se fijaron en la pobre niña, que parecia un cadáver.

Volvió adonde estaba Denisart, y le dijo con acento suplicante:

—Bien estais viendo que habeis asesinado á esta!... La otra... volvednos á la otra... y os perdonaré!

Denisart siguió la mirada de Biot que se

dirijia hácia Berta, y soltó una risa torpe y pesada.

—A fé mia, sí... balbuceó este. Yo no sabré decir donde la he visto... pero es una antigua conocida.

Berta se ajitó imperceptiblemente.

—Responde, pues! exclamó sordamente Biot.

Berta exaló un gemido.

La rabia de Biot volvía á encenderse con terrible violencia.

—Responde! dijo otra vez con voz estrepitosa.

Denisart se revolcó en el suelo riéndose á carcajadas.

Biot lanzó un ronco gemido; asió con una mano al pedante por los cabellos y con la otra por el vientre, y le levantó dando alaridos, como habia hecho en otra ocasion con el enorme perro del usurero Polypo en la pobre morada del ala Valois.

Denisart se revolvía y gritaba. Biot, loco de rabia, dirijíase con él hácia la ventana.

Berta, que habia vuelto en sí con aquel ruido, murmuró:

—Perdonadle!... perdonadle!...

Pero Biot no la escuchaba.

Luego que hubo llegado á la ventana, levantó á Denisart, ya medio muerto de terror

por cima de su cabeza, y precipitóle á la calle.

Denisart cayó en tierra como una masa inerte. Pero antes que Biot tuviese tiempo de pasar desde el furor al remordimiento, el pedante se levantó como la vieja de que hemos hablado en el capítulo precedente, atravesó la calle trompicanado y desapareció en la vuelta de la esquina inmediata...

Biot contempló con la boca abierta el hoyo que Denisart habia hecho en la nieve.

Aquello era asombroso, y sobre todo para Biot que no tenia motivos para saber cuán dura es la vida de los fámulos de colegio.

Pasado el primer momento de estupefaccion, Biot se habia lanzado fuera, comprendiendo muy bien que acababa de despojarse de todo medio para seguir el rastro de Santa.

Denisart, en cierto modo, era una prenda en rehenes. Pasada su embriaguez hubiérasele podido interrogar, haciéndole hablar de grado ó por fuerza. Su fuga rompía el único hilo que podia conducir á un buen suceso por entre las tinieblas de aquella intriga.

Se habia hecho Biot este raciocinio, tal vez sin darse cuenta de ello, y habia bajado la escalera á toda prisa, con la esperanza de alcan-

zar fácilmente á Denisart en su carrera de borracho.

A la salida de Biot, Berta se arrastró hasta la ventana, porque le era imposible adivinar el resultado extravagante de la violencia del aldeano, y esperaba descubrir un cadáver bajo la ventana. Pero solo vió á Juan Maria corriendo por el piso resvalizado de la calle.

En tanto que ella se inclinaba por fuera de la ventana, la voz de madama la Duquesa viuda, dejóse oír en la cámara inmediata.

—Señorita de Maillepré, decia, en qué consiste que no estais á mi lado?

Berta, con la atencion fija en la calle, no podia oirla.

Ni aun oyó siquiera un ruido extraño que resonó en la pieza abandonada de Gaston...

La puerta de esta pieza, cerrada desde la salida de Biot, entreabrióse lentamente.

Por aquella rendija apareció una cabeza, no en la altura á que puede elevarse generalmente la cabeza de un hombre, sino tocando con el suelo.

Esta cabeza, rasa enteramente, solo tenia un mechonde cabellos blancos en la parte superior del cráneo.

La frente, las mejillas y el cuello eran de un color rojizo. Bajo unas largas pestañas blancas, se distinguían unos ojos apagados

que de vez en cuando se iluminaban y lucían...

Parecían los ojos ardientes de una fiera salvaje.

Detrás de aquella cabeza extraña, un cuerpo enflaquecido se deslizó suavemente y á rastras entre la puerta medio abierta y la pared...

Era un hombre de gigantesca talla, el loco que ya hemos visto en la biblioteca del palacio, dormirse sobre la paja fumando su pipa y entonando sordamente su canción monótona.

—Señorita de Maillepré, repitió en aquel momento la Duquesa viuda; ya estoy levantada... Venid á ayudarme á llegar á mi sillón.

Esta voz llegaba confusamente á la habitación de Santa, porque partía de la alcoba, cuyos tupidos cortinages estaban corridos todavía...

Berta seguía inclinada por fuera de la ventana.

El anciano, que avanzaba arrastrándose por el pavimento, detúvose de improviso al eco de aquella voz.

Su cabeza se enderezó para escuchar.

Su cuello se estendió. Todo su cuerpo tomó esa actitud cautelosa y atenta, tan-

tas veces descrita por Cooper, del salvaje que escucha en el silencio de los grandes bosques...

Un rayo fugitivo de inteligencia brilló bajo las blancas pestañas de sus párpados...

El loco paseó su mirada curiosa alrededor de toda la habitación.

Entonces vió á Berta.

Al descubrirla, abrió su boca con una sonrisa muda, mostrando dos hileras de dientes blancos y aguzados...

Y en vez de continuar su ruta en dirección á la cámara de la abuela, comenzó á arrastrarse hácia Berta.

En este momento, aquel hombre causaba espanto y terror. Su largo cuello rojizo ondulaba como el de la serpiente. Sus ojos ardientes dirigian á la pobre Berta esa mirada codiciosa del animal feroz que va á devorar su presa.

En el fuego confuso de sus pupilas se reflejaba una demencia matadora...

Continuaba arrastrándose sin ruido. Su sonrisa salvaje mostraba hasta las encías sus grandes dientes que rechinaban.

Cuando hubo llegado junto á Berta, enderezóse lentamente detrás de ella. Sus dos brazos se levantaron y juntaron con una lentitud afanosa para apretar la frágil garganta de la

pobre niña...

—Señorita de Maillepré! dijo la voz irritada de la viuda; no me oís?...

El anciano perdió su risa de hiena. Sus blancas pestañas se bajaron sobre sus ojos cuyo brillo se habia estinguido de repente. Sus brazos cayeron estendidos antes de haber tocado á Berta...

Berta no pensaba en el peligro que una casualidad suspendia sobre su cabeza, y que otra casualidad alejaba de ella.

Acechaba el regreso de Biot á quien habia visto volver, corriendo, la esquina de la calle Culture-Sainte-Catherine.

Entre tanto el anciano habia fijado sus pupilas vidriosas en la puerta abierta de la cámara de la abuela. Una inspiracion acababa de pasar por entre las confusas tinieblas que reinaban en su cerebro.

Apoyó sus dos manos sobre el suelo y comenzó á arrastrarse sin producir el menor ruido. Se alejaba de Berta para dirigirse hácia la cámara de la abuela.

Bien pronto traspuso el dintel su rasa cabeza. Entonces se detuvo para mirar con alegría la seda de las colgaduras y los bordados de la alfombra.

Su semblante arrugado espresaba esa cándida sorpresa que se pinta á cada paso en el

rostro de un niño.

Dos ó tres veces dió una vuelta alrededor, andando en cuatro pies, para verlo todo, y como si sintiese un placer al frotar sus manos callosas contra el suave tisú de la alfombra.

—Pero en dónde estais, pues, señorita de Maillepré? exclamó la Duquesa con tono cólerico.

El anciano se estremeció de pies á cabeza al eco cercano de aquella voz. Sus ojos se fijaron en las cortinas corridas de la alcoba.

Despues fijó la barba en la alfombra, como para mirar minuciosamente el obstáculo que le ocultaba á su persona cuya voz acababa de hacerse oír; sus ojos se dilataron, y parecia como si quisiesen penetrar la seda de las cortinas.

Un ligero ruido resonaba en la alcoba. Madama la Duquesa, cansada de llamar, procedia sin duda por sí propia á su tocador.

El anciano escuchaba aquel ruido atentamente.

Al cabo de algunos minutos, como las cortinas no se abriesen tan pronto como lo exigia su impaciencia, púsose á andar á rastras con infinitas precauciones y dirigióse hácia la alcoba.

Despues que hubo dejado atrás el catre en que dormia Berta, que estaba colocado á pocos pasos del lecho de Madama la Duquesa, cesó de arrastrarse para aplicar de nuevo el oido.

Sentíase el roce continuado de un vestido de seda, porque la mano temblorosa de la anciana esforzábase en vano á ajustar su traje á la cintura. Y al redoblar sus inútiles esfuerzos, murmuraba preguntándose por qué Berta no estaba atendiendo á su deber. Reflejábase en ella una cólera rabiosa, pero nada de inquietud. Estaba formada de una manera que excluía en ella toda posibilidad de conmoverse por otro.

Sus murmullos llegaban confusamente á los oidos del extraño personaje que acababa de introducirse en la habitacion, y cuyo semblante espresaba una ardiente curiosidad.

Intentó desde luego mirar por debajo de las cortinas, pero estas estaban unidas á la alfombra.

Vencido por aquí, levantóse lentamente deslizando su mirada á lo largo de la abertura de las cortinas. Pero estaban unidas con gran cuidado, y las rendijas que quedaban entre las franjas eran inútiles por la oscuridad de la alcoba.

El anciano nada veia. Y él se se obstinaba

en mirar sin trégua. Y, cosa singular, aun á pesar de la pasion insensata que le impelia en aquel momento, su mano no osaba levantar las cortinas. Una ó dos veces, impulsado por su afan extraño, habia hecho ya un esfuerzo para remover aquel obstáculo. Pero sus brazos cayeron estendidos... Un miedo inespliable le contenia.

Habiase quedado inmóvil con el cuerpo echado hácia adelante, la frente junto á la seda, respirando con lentitud y con el rostro cubierto de una emocion estraña.

Madama la Duquesa viuda habiase en fin ajustado su vestido. Sus dos manos secas y arrugadas levantaron por último á derecha é izquierda los paños de las cortinas.

El anciano y ella se hallaron el uno frente al otro, y tan próximos entre sí, que el aliento enardecido del loco fue á herir la helada frente de la anciana señora.

Quedóse un momento como asombrada contemplando aquellos ojos ardientes que pesaban fijos sobre los suyos; pero no mostró la menor señal de asombro.

Aquella muger abrigaba un corazon de diamante, tan insensible al terror como á la piedad.

—Juan Maria, dijo al fin sin levantar la voz, dad limosna á este hombre y echadle fuera.

Juan Maria no estaba allí para responder á esta orden.

El anciano habia echado su cuerpo hácia atrás; su talla aparecia enderezada á toda su altura. Habia en sus facciones una mezcla confusa de sentimientos que era como un espejo en que se reflejan el desórden y la perturbacion de su cerebro.

Aparecia asombrado hasta la estupefaccion, enternecido hasta la angustia, y se hubiera dicho que ignoraba él mismo por qué estaba enternecido y asombrado... Sus manos temblorosas apretaron muchas veces su frente en la que se secaba el sudor.

Se esforzaba sin duda desesperadamente por asir una idea que andaba revoloteando en su cerebro. Su espíritu, iluminado á deshora por un vago resplandor, se agotaba combatiendo con la demencia victoriosa, y la demencia le aniquilaba.

Sus ojos no se apartaban un solo momento del semblante de la Duquesa; se hubiera dicho que queria escudriñar todas aquellas arrugas, registrar uno por uno todos aquellos pliegues.

Y la Duquesa permanecia delante de él, erguida y altanera, como si contase con cierto prestigio para sostener contra aquel ata-

que inesperado su indefensa soledad.

Solo al cabo de un minuto recobró la palabra.

—Juan Maria, repitió sin levantar la voz, dad limosna á este hombre y echadle fuera!

El anciano puso las dos manos sobre su corazón.

Sufria mucho; un vago recuerdo queria fijar su pensamiento que se alejaba y se escondia...

—Hace ya tanto tiempo! murmuró con voz honda y gutural.

Luego añadió enderezándose con una frialdad arrogante:

—Oguah es un grangese.

En el mismo momento se oyó en el patio un ruido de pasos precipitados, y voces que se cruzaban repitiendo:

—Oguah! Oguah!

El anciano dobló la cintura de repente, sus piernas se juntaron y su semblante tomó una espresion de inquietud y desconfianza. Miró cautelosamente alrededor de la pieza, como si buscase un escondrijo donde ocultarse, ó una salida para huir.

Las voces se repetian fuera sin descanso, alejándose y acercándose alternativamente, como sucede siempre cuando se hace una activa pesquisa.

Aquel ruido repentino habia quebrado el frágil hilo que queria al parecer anudar las ideas del anciano.

Este habia prestado una atencion ansiosa á todo lo que sucedia fuera; despues su semblante se habia vuelto taciturno y sombrío, y sus ojos, recobrando su inmovilidad vidriosa, habíanse fijado en la Duquesa, mirándola, al parecer, bajo un aspecto diferente.

Si aquella muger habia despertado en él á primera vista emociones muertas en su corazon por largo tiempo, estas emociones habíanse ahogado muy pronto en el olvido. Ya no la reconocia...

Entre las voces confusas que se oían fuera, resonó tambien la voz imperiosa y grave de M. Williams, repitiendo:

—Oguah!

El anciano se cayó de rodillas como si el juego de sus piernas se hubiese aflojado de repente.

Echóse sobre la alfombra en actitud humilde, y entonó con sordo acento esecanto monótono que ya le hemos oído mas de una vez.

La Duquesa dirigióse con paso lento y trabajoso á su sillón, en el cual se sentó.

Habia allí delante de ella un hombre medio desnudo, de una estatura gigantesca, y

cuya demencia era evidente... Y sin embargo, sus facciones permanecieron inmóviles como si fueran de mármol.

Ningun sentimiento de turbacion ó de miedo animaba la inercia impasible de su semblante.

Hasta su asombro habia desaparecido.

Como si nada la sucediera, registró con la mayor calma los pliegues de su bolsillo, y sacó su caja de oro repitiendo por tercera vez en voz baja y glacial:

—Juan Maria, dad limosna á este hombre y echadle fuera!

Al mismo tiempo aspiró lentamente algunos granos de tabaco, teniendo en la mano su caja abierta.

Una mudanza extraordinaria se habia obrado en el anciano. Sus ojos se dirijian hácia la caja de oro, contemplándola con avidez.

Habíase incorporado á medias; sosteníase sobre las rodillas y sobre las manos, con el cuello estendido hácia adelante, como si fuese á saltar.

Su canto habia cesado; sus labios se agitaban convulsivamente sin producir ningun sonido.

Un poder misterioso parecia encadenar los instintos vagabundos de su locura, concen-

trándolos sobre un solo objeto.

Estaba inmóvil como un lobo en acecho, que contemplaba su presa, pronto ya á arrojarse sobre ella.

—Oguah! repitió M. Williams en el patio...

Esta voz hizo, como siempre, estremecer al anciano, pero sin cambiar la direccion de su afanosa mirada.

Arrastróse tortuosamente sobre la alfombra, acercándose á la Duquesa por grados insensibles.

Despues, cuando se hubo visto á tiro, arrancó la caja de oro de entre las manos de la anciana, prorrumpiendo en un grito salvaje.

Luego comenzó á saltar por todos lados en la habitacion, levantando su trofeo por cima de la cabeza, con una espresion insensata de triunfo.

Aun no habia abierto la Duquesa sus labios, y ya él habia desaparecido, dejando tras sí un prolongado ahullido de júbilo.

A este grito, Berta abandonó la ventana, pero solo pudo ver el movimiento de la puerta que se cerraba entonces.

Cesó el ruido de fuera. Nadie volvió á llamar á Oguah! El antiguo palacio tornó á su silencio sombrío.

VIII.

El gran jefe.

Algunos instantes despues, regresó Biot, y encontró á Berta en su lugar al lado de la viuda Duquesa.

Nada en la habitacion podia hacer adivinar lo que acababa de sucederalli. Todo estaba en orden.

La Duquesa temblaba en un sillón de brazos. Hacia esfuerzos para hablar y no podia conseguirlo.

Estaba muy envejecida. El golpe que acababa de recibir era el mas terrible que podia herirla en este mundo.

Solo la quedaba ya un recuerdo... Una vez

en la vida habíase ajitado en su pecho una cosa semejante á un corazon.

Aquella caja, ó mas bien el retrato contenido en ella, reasumia toda su juventud, toda su felicidad.

Era la reliquia de un crimen, pero la Duquesa no conocia el remordimiento.

Nada poseía ya... hallabáse completamente sola. Estaba como si la hubiera herido un rayo.

El resto frágil de vida que quedaba en ella, se entorpecía y paralizaba.

Ni Berta ni Biot pudieron saber lo que la habia sucedido.

La carrera de Biot habia sido inútil; no habia podido encontrar á Denisart, que, en nuestra opinion, habia caído en alguno de esos hoyos que se encuentran siempre en el camino de los borrachos, por providencia espresa del Dios especial que vela por su destino. . .

El anciano que hemos visto introducirse en la cámara de la abuela estaba tendido sobre su manta en la pieza que M. Williams le habia señalado para dormitorio.

Todas las mañanas, John Robertson y Toby Grant le conducian al jardin, para que respirase un poco el aire fresco.

Aquel dia, Toby estaba ocupado desde la

madrugada en el gabinete de su señor. John habia creído poder dejar solo un instante al anciano en el jardin, cuyas salidas todas estaban cerradas de ordinario. Pero John no habia contado con Denisart.

La expedicion de este habia dejado en efecto abierta la entrada que conducia por los corredores al ala derecha.

Huroneando por todas partes, el anciano habia descubierto esta salida, y siguiendo ese instinto de curiosidad propio de la locura, se habia metido por ella.

Se le habia buscado por todas partes. Las pesquisas habian sido inútiles. Solo en su habitacion fué donde se le halló despues, echado sobre su manta, dándose con ese aire de disimulo que no escluye de ningun modo la locura, todas las apariencias de una completa tranquilidad.

Nadie supo en donde habia estado. Mucho menos se pudo penetrar el robo que habia cometido... M. Williams volvióse á su escritorio. Toby se sentó en su lugar, y ambos continuaron el trabajo que ya tocaba á su fin.

Tales eran los sucesos referidos en esta última parte de la memoria:

A Jaime Western le habia dado de puñaladas una muger llamada Cármén, la misma

noche de su llegada á París, y en un aposento de la hospedería del Salvage.

Lo que se siguió inmediatamente á aquella alevosía, no era conocido de M. Villiams.

Este afirmaba solamente que en la tarde del miércoles de ceniza de 1826, doce horas despues del extraño combate que Western habia sostenido con una muger, y en el que habia sido vencido, el americano recobró sus sentidos en un lecho miserable, colocado en un cuchitril negro y oscuro donde no habia aire que respirar.

Tenia Jaime Western una herida espantosa en la garganta. Habíase desmayado con el golpe, y el médico que le asistió mas tarde declaró que en el momento de recibir la herida debia haber caido muerto.

Al recobrar sus sentidos, su situacion no valia por cierto mucho mas que la de un cadáver. Se encontraba solo, incapaz de moverse, aniquilado por la mucha sangre que habia perdido, y en compañía de un loco que habia sido su salvador.

Este loco era un desventurado, que estaba á merced del dueño de la hospedería, el cual le alquilaba á la cueva del pasadizo en calidad de Salvage.

Llamábanle en este café el gran gefe, ó el Sagamoro.

Jaime Western no pudo recabar que este hombre le explicase detalladamente como le habia introducido en su cuchitril; pero en el techo de este faltaba una tabla, precisamente encima de la cama.

Jaime Wertern ha supuesto despues que Cármen, por ocultar el crimen habia querido enterrar su cuerpo bajo el entablado de la habitacion en que habian bebido los dos.

El ruido de las tablas, al desclavarlas Cármen, algunas gotas de sangre tal vez, habian llamado la atencion del salvage, que arrancando á su vez una de las del techo de su cuarto, habia recibido el cuerpo de Jaime entre sus brazos.

Segun las noticias de M. Williams, el hombre á quien se llamaba el Salvage era de una grande estatura y de unas fuerzas prodijiosas; su cuchitril, situado en uno de esos entresuelos peculiares de la calle de Valois, que están entre el primero y el segundo piso de las casas, era tan bajo, que el Salvage llegaba desahogadamente al techo con la mano.

El suceso, pues, no tenia nada de inverosímil...

Jaime Western sufria cruelmente; la sangre que rebosaba en su garganta le impedia hablar; fué necesario para su salvacion que la Providencia enviára un pensamiento cuerdo

al pobre insensato.

En efecto, al llegar la hora en que el gran jefe estaba obligado á parecer en la cueva del Salvage para la representacion de la noche, aquel mostró repugnancia á dejar al herido enteramente solo.

Envolvióle entre la manta de su cama, lo cargó sobre sus espaldas, pasó sin decir palabra por en medio de los criados de la hospedería y fué á llamar á la puerta de un médico de la calle nueva de Petits-Champs. Abrieron, pues; el Salvage entró, depositó su carga sobre un banco y salió sin despegar la boca.

Western estaba en salvo. Se hallaba en casa de un hombre hábil y generoso cuya asistencia le volvió á la vida.

Su convalecencia fué larga y dolorosa. Hasta despues de mucho tiempo no pudo recordar el uso de la palabra. Aun hoy mismo conserva las señales de aquella terrible herida. Su cuello tiene la dureza rígida de la piedra...

Western se encontraba en tierra estraña y sin recursos. Antes de la escena del puñal, se habia deshecho él mismo de su bolsa, y su asesino solo le habia dado de puñaladas por apoderarse de la cartera que contenia todos sus billetes. La generosidad del médico fué su

único amparo en tales circunstancias. Por otra parte, solo se necesitaba para salir de ellas el tiempo preciso para recibir letras de América.

Lo que mas habia hecho sufrir á Western durante su enfermedad habia sido el remordimiento. Incesantemente veia delante de sí la horrible amargura de todos aquellos á quienes habia venido á socorrer.

A los dos dias de recibir su herida, cuando las ideas vacilaban todavia en su cerebro, ya le dominaba sin cesar este pensamiento.

Hiso tomar inmediatamente noticias de la habitacion de M. el Marqués Raul de Maillepré. Pero los Maillepré habian abandonado la casa de M. Polypo en la mañana del miércoles de ceniza.

No se sabia adonde habian ido á parar. En su estado actual, Jaime Western no podia hacer mas absolutamente. Esperó con una impaciencia que redoblaba su fiebre el momento en que sus fuerzas le permitiesen obrar por sí.

Durante los meses que pasó en cama recibia alguna vez la visita del Salvage de la cueva.

Aquello era muy extraño; apesar del desorden de su cerebro, el gran gefe parecia

tiernamente inclinado al hombre á quien habia salvado la vida.

Siempre que podia escaparse del cuchitril que le servia de aposento, iba á llamar á la puerta del médico de la calle nueva de Petits-Champs.

Los criados habian querido desde luego rehusarle la entrada, pero el gran gefe tenia una talla y unas fuerzas muy propias para no inquietarse demasiado por sus negativas. Habia pasado sin licencia la primera vez, y las demas, por orden del doctor, habia sido introducido de buen grado.

Iba á sentarse silenciosamente á la cabecera de VWestern; mirábale con la mayor atencion y comenzaba á modular suavemente un canto cuyas notas sordas y monótonas adormecian al herido.

VWestern en aquel tiempo no habia recobrado aun el uso de la palabra; la presencia del Salvage hacia aparecer en su rostro visibles señales de emocion; hacia esfuerzos por hablar, y en aquellos momentos era cuando no podia resignarse á su papel de mudo.

Esto consistia en que VWestern habia encontrado un vago recuerdo en las facciones mutiladas del Salvage. Además, el gran gefe era un Cheroko... Cuántas cosas hubiera que-

rido preguntarle!

Estas fueron sus primeras impresiones. Mas tarde tuvo mayores razones para echar de menos la palabra y para conmoverse mas vivamente...

El gran gefe, siempre que salia ocultaba su desnudez real ó finjida con una larga capa abrochada al cuello.

Un dia que se hallaba sentado á la cabeza de Western, este dirigió su mirada distraida á lo largo de las caprichosas pinturas que se estendian sobre el pecho del Salvage.

Sus ojos se detuvieron contemplando el lado izquierdo del pecho y cesaron de errar distraidos.

Al lado del corazon, el gran gefe tenia un dibujo pequeñísimo, que presentaba ó poco menos la figura de un escudo.

Western como republicano, no se habia sin duda ocupado mucho de la heráldica, pero habia visto tantas veces en otro tiempo, entre las manos del Marqués Raoul ó de la Duquesa Berta, objetos con las armas de Maillepré, que conservaba sus timbres en la memoria.

Western creyó reconocer en el dibujo del pecho del gran gefe una especie de copia grosera del escudo del Duque Juan.

Separóle la capa y miró mejor. Aquella pintura figuraba en efecto tres martillos en un prado: las armas de Maillepré eran tres martillos de plata en campo verde.

La vista de aquel dibujo cambió desde luego en certidumbre las vagas sospechas que habian ajitado hasta entonces el espíritu de Western.

Por mas estraña é inverosimil que pudiese parecerle aquella idea al principio fué tomando posesion de su mente y combatió victoriosamente toda especie de dudas.

No pudiendo hablar, trató Western de interrogarle por medio de gestos. Asi pues tocó con el dedo el escudo, mirando al Salvage cara á cara.

Este respondió á aquella mirada con un movimiento de embarazo. Sus ojos contemplaron repetidas veces el rostro de Western de arriba á bajo, como se observan las facciones de un amigo perdido hace mucho tiempo.

Y, en efecto, hacia ya mucho tiempo!....

Pero aquel exámen no produjo resultado. El gran gefe bajó los ojos, como renunciando á seguir la senda estraviada de sus recuerdos.

Despues separó el dedo de Western y

cubrió el escudo con la palma de la mano.

Luego ajitó la cabeza como para negar y justificarse.

—La sangre de Oguah es roja, dijo con énfasis; Oguah es un gran gefe!...

Los viejos cherokos, sentados para morir sobre las cenizas de su pueblo, habían pronunciado también el nombre de Oguah...

Estas no eran ya conjeturas mas ó menos probables. Era una certidumbre completa...

Aquel hombre, aquel loco, aquel desventurado, caído hasta el último escalon de la miseria humana, era el Duque Juan...

Western pudo adivinar qué serie de aventuras funestas había conducido al descendiente de caballeros hasta aquella humillación, pero nunca llegó á saberlas á ciencia cierta.

Al dejar á Boston, el Duque Juan tenía ya la cabeza cruelmente estraviada. Sin duda sus viajes solitarios y las privaciones de toda especie que debía haber sufrido, habían oscurecido mas y mas la noche de su espíritu. Por otra parte, él tenía en su rostro y en todo el cuerpo las señales de infinitas heridas. Era de creer que en alguna de sus escursiones vagabundas había sufrido en poder de alguna tribu india uno de esos suplicios

inauditos, cuya relacion nos hace estremecer en los libros de los viajeros.

Su razon estaba completamente perdida. Todos saben que la locura es un título de veneracion entre los indios.

El Duque Juan de Maillepré habia llegado á ser, bajo el nombre de Oguah, uno de los gefes de la tribu de los Cherokos. Habia seguido á estos en su emigracion atravesando las praderias hasta la orilla de los lagos...

Western sabia que, hecho prisionero alli por los Chippeways, habia sido llevado á Quebec. Desde Quebec, le habian sin duda conducido á Lõndres, en donde las exhibiciones públicas están muy ansiosas de verdaderos salvages.

Ya se sabe que respecto de las cosas ofrecidas á la curiosidad del pueblo, de París á Lõndres solo hay un paso.

Y si nos fuera permitido tomar aqui la palabra, interrumpiendo la memoria de M. Williams, diriamos que el gran gefe siguió el mismo camino que MM. Van-Aumburg y Carter, el mismo camino que su señoria el general Tom Pouce ha recorrido últimamente con tanta gloria, anticipándose muy poco tiempo á los Indios Yoways.

Se venden los leones, los enanos y los salvages. La locura quita al hombre los medios

de defensa. El inglés que era dueño del gran gefe quiso sin duda deshacerse de él luego que su boga pasó enteramente.

M. Polipo, el especulador universal, que sabia hacer dinero de todo, hizose propietario del supuesto indio, y le alquiló á la Cueva del Salvage.

Esto era lo verosímil. En cuanto á la verdad, Oguah no habia querido nunca decir una palabra de su historia...

Luego que Jaime Western hubo recobrado el uso de la palabra y fuerzas para andar, quiso buscar por sí mismo á la familia de Maillepré.

Vanas fueron sus pesquisas. Fué tratado de mala manera en la prefectura de policía, en donde reclamaba noticias, y tuvo ocasion de convencerse de que M. de Compans habia atraído en su favor la opinion general, y de que todo pretendiente á la herencia de Maillepré tendria contra sí vehementes presunciones de impostura.

La queja que habia entablado contra Cármen, no produjo ningun resultado. Se habia conocido á una joven de este nombre que bailaba en el boulevard del Temple, y los inspectores de policía creyeron poder informar que se habia fugado de Paris y aun de Francia.

Poco interés tenía Jaime Western en vengarse. Su queja solo había tenido por objeto recobrar la cartera que contenía los papeles de la familia de los Maillepré.

En esta cartera obraban las fées de bautismo de Gaston y sus hermanas; un extracto de la del Marqués Raoul; el nombramiento del coronel Duque Juan, y una especie de acta de notoriedad firmada por el anciano Williams Western y otras personas de Boston, que determinaba la época precisa de la desaparición del jefe de la familia.

Había además en ella algunas cartas del Marqués Raoul y otros apuntes en que se refería todo lo que sabemos de la vida de los Maillepré, antes y después de su partida para América.

Pero por grande que fuese la importancia de esta cartera, su pérdida se hacía de un interés secundario, después que los Maillepré mismos escapaban á todas las pesquisas.

Aun cuando hubiese poseído todos los documentos que le faltaban, Western no habría tenido derecho para intentar un proceso contra M. el Duque de Compans.

Tenía, es verdad, á Oguah, al Duque Juan cuya sola presencia era una garantía segura para entablar un combate judicial. Pero cómo justificar la identidad del Duque Juan?...

Estaba loco, rehusaba abrir sus labios desde el momento en que se le dirijia una pregunta sobre su pasado.

En todo lo demas obedecia á Western, que ya desde este tiempo habia comenzado á tomar sobre él un imperio absoluto; pero ni órdenes ni ruegos bastaban á vencer su obstinado silencio sobre aquel punto.

Cómo presentarse ante los tribunales á nombre de un hombre que no recordaba ya su pasado, que se creia otro sér diferente, por decirlo así, y que negaba ser el mismo que era realmente?

Porque Oguah se conducia de este modo. La vida de salvaje que habia tenido por espacio de tanto tiempo, habia llenado su mente perturbada de ese orgullo estravagante de los indios que fundan su gloria en el color rojizo de su piel. Tenia miedo, hubiera tenido vergüenza de pasar por un rostro blanco.

A todas las preguntas respondia con énfasis misterioso:

—La sangre de Oguah es roja... Oguah es un gran gefe!

Para revindicar un nombre, lo primero que se necesita es apoderarse de este nombre. Presentar á los tribunales un infeliz maniático, y esclamar: Este es el Duque Juan; despojad á los que están en posesion de sus

bienes, y devolverles su patrimonio... era una empresa insensata, que no podia acometer nadie que tuviese una sombra de prudencia.

Jaime Western no abrigó nunca semejante idea, y puso toda su esperanza en la curacion del Duque Juan, á quien sacó, mediante una buena suma, de entre las manos de Polypo para confiarle á los cuidados del médico de la calle nueva de Petit-Champs.

Al mismo tiempo continuaba en sus investigaciones. Pero Jaime VWestern, á su llegada á París, habia tenido una terrible acojida, y vivia desde entonces con una desconfianza absoluta y tal vez exagerada. No se atrevia á franquearse con nadie, porque veia sin cesar en todas partes un lazo tendido á su sencillez. Agotaba sus fuerzas apenas restablecidas, obrando siempre por sí mismo, y perdia en este inmenso París los vanos esfuerzos de su aislamiento. Las huellas de la familia de Maillepré se escapaban siempre á todas sus pesquisas.

Los meses se pasaban sin ningun resultado. La locura del Duque Juan se resistia á todos los remedios. Era muy viejo y su naturaleza gastada no ofrecia ya correccion de ninguna especie.

Salió un dia Jaime VWestern de París lle-

vando consigo á Oguah, porque el Duque no respondia mas que á este nombre, y era preciso conservársele.

Western se dirigió á Bretaña, con una vaga esperanza de conocer allí por fin la suerte de los Maillepré. Pero hacia ya años entonces que el Marqués Raoul y su familia habian dejado el antiguo dominio de Kergaz, con el buen aldeano Juan Maria, á quien habia desposeido el Duque de Compans, por haber sido demasiado fiel á sus señores.

Western supo allí solamente algunos detalles, que ya hemos visto relatados en las primeras páginas de su Memoria. Despues se embarcó para América, á fin de reunir todo lo que pudiera reemplazar los papeles perdidos con su cartera.

El anciano attorney Williams habia muerto durante la ausencia de su hijo.

Jaime Western solo encontró á su madre vestida de luto. La muerte de su padre habia comprometido su fortuna.

Jaime tenia hartos cuidados que dedicar á los negocios de su familia; pero habia cometido una falta, y su vida toda estaba ya consagrada únicamente á reparar aquella falta.

Este era su único pensamiento. Todos sus pasos tenian el mismo fin. Hubiera creído cometer un delito, empleando en provecho

propio el menor de sus esfuerzos.

Confió sus intereses á manos estrañas, para ocuparse solo de la mision que estaba llamado á cumplir.

El viejo Duque, que habia sufrido mucho durante la travesía, fue transportado desde el navío á su lecho, en donde permaneció por espacio de muchos dias.

En todo este tiempo habia estado como insensible.

Una mañana, Western que le juzgaba dormido en su alcoba, estaba ocupado en registrar unos papeles en un escritorio que habia servido al Duque antes de su fuga al país de los salvages.

La habitacion en que se hallaban los dos era el antiguo dormitorio de M. de Maillepré. El escritorio estaba colocado muy cerca de la cama. Las cortinas ocultaban al anciano que podia muy bien creerse solo.

Este se despertó repentinamente de su apática somnolencia, por la primera vez despues del desembarque. Al brusco movimiento que hizo, Western abandonó su trabajo y púsose á observar sin ser visto.

Debió concebir Western en aquel momento una viva esperanza, porque el rostro de Oguah se habia iluminado de improvi-

so con un rayo de inteligencia.

Era evidente que reconocia la habitacion donde se encontraba.

Recorrióla lentamente con una mirada, contando los muebles uno por uno, y sonriéndoles con espresion de melancolía como á unos antiguos amigos...

Sacó de la cama una pierna, despues la otra. Sentóse luego á los pies del catre. En sus ojos se reflejaba un pensamiento... Acaricióse muchas veces con la mano su frente inclinada hácia el suelo...

Western le contemplaba con avidez. Seguía con vivísimo interés los progresos de aquel vislumbre de razon que queria inflamarse, al parecer, despues de tan largas tinieblas.

Las manos del anciano cayeron juntas sobre las rodillas; su frente se inclinó mas todavía. Despues, y como si un pensamiento disipase de repente aquella especie de sueño, una exclamacion gutural salió de sus labios... Levantóse bruscamente y ganó la puerta con paso rápido.

Western, lleno de asombro, le siguió. La puerta daba á un corredor. El anciano, parado en medio, miraba alrededor con aire de duda.

A la derecha estaban las habitaciones ocu-

padas por la familia Western. A la izquierda se encontraba la puerta de la cámara que habia habitado en otro tiempo madama la Duquesa de Maillepré.

Las dudas de Oguah no fueron de larga duracion. Atravesó el corredor, dirigiéndose hácia esta última puerta, á la que llamó dulcemente.

El silencio le respondió. Hacia ya años que aquella puerta no se habia abierto jamás.

Redobló el anciano los golpes, pero siempre con la mayor suavidad, y como si temiese irritar á un amo severo...

Jaime VWestern lo miraba desde lejos. En su semblante se pintaba una vivísima emocion. Sus ojos, que no conocian las lágrimas, hacian esfuerzos por llorar..... Porque á aquel mismo lugar habia ido el Duque Juan una vez, hacia ya mucho tiempo... Como ahora, entonces habia llamado tambien á aquella puerta con tono suplicante, y aquella puerta se habia abierto...

Oh! Western se acordaba bien!... El semblante frio y cruel de la Duquesa habia aparecido á la entrada. Su piéimpío habia rechazado al Duque, que estaba de rodillas, y que rogaba llorando.

Tambien el Duque se acordaba; ó al menos

en su cerebro, del que la demencia volvía á apoderarse nuevamente, brillaba un débil reflejo de aquella funesta escena...

En efecto, púsose de rodillas como en otro tiempo, y sus manos juntas se extendieron para implorar.

Western oyó los sollozos que desgarraban su pecho...

Su voz se elevó sorda, cascada y desconocida, y pronunció por dos veces el nombre de Berta. Despues el infeliz anciano se plegó sobre sí mismo, y cayó privado de sentimiento...

Cuando recobró sus sentidos, aquel vislumbre de inteligencia pasagera no habia dejado ni el menor rastro. El recuerdo de Berta le impedía recobrar la razon que Berta misma le habia arrancado.

IX.

La casita de recreo.

Desde entonces Jaime Western habia perdido la esperanza de volver al Duque la razon.

Volvióse á Francia con los pocos papeles que habia podido reunir, decidido á comenzar de nuevo la lucha, aunque fuese preciso consagrar á este fin el resto de su vida.

A su arribo á París, alquiló el primer piso del antiguo palacio de Maillepré, porque, aun despues de perdida toda esperanza, los que anhelan con afan se esfuerzan todavia por tocar en el blanco de sus deseos.

Jaime Western se decia: Tal vez estos lugares conocidos despierten algun recuerdo en el alma del Duque.

Y alli era en efecto donde Juande Maillepré habia pasado su infancia, y ya se sabe que la memoria de los viejos conserva mas vivos y mas precisos los recuerdos que datan de época mas lejana.

Terminaba M. Williams su memoria diciendole que, como Jaime Western se lo temia, aquel expediente no habia tenido ningun resultado.

Agotadas todas las esperanzas por este lado, no pudiendo encontrar noticias de la familia del Marqués Raoul, y viendo el término fatal próximo a espirar irrevocablemente, Jaime Western habia debido intentar un último esfuerzo, apelando á la rectitud de la magistratura francesa.

Antes de cerrar su memoria, M. Williams añadia que aquella misma noche habia tenido noticias de la existencia de un joven Marqués de Maillepré.

Antes tambien de depositar su demanda en manos del Presidente del Consejo Real de Paris, iba á cerciorarse de si aquel Maillepré era el hijo de Raoul.

Rogaba á Dios que fuese asi, y que todas sus precauciones se volviesen inútiles; pe-

ro habia hecho tantas investigaciones por espacio de tanto tiempo, y por otra parte, París brota cada dia tantos impostores, que no podia menos de dudarlo. En todo caso él estaba pronto.....

M. Williams rubricó la Memoria y la firmó con el nombre de Jaime Western.

Salió M. Williams, llevando consigo su Memoria con los diferentes documentos justificativos, y se hizo conducir al número 4 de la calle real de Saint-Honoré, habitacion del joven Marqués de Maillepré.

Este no habia parecido por su casa hacia muchos dias. Se le esperaba de un momento á otro.

M. Williams fué introducido en la antecámara, donde encontró á un hombre echado á la larga sobre dos bancos y que dormia profundamente.

Este personage era el escelente Nazario que se hallaba alli desde el dia anterior, en que Romeo habia terminado su centinela.

Aquella era la décima noche que pasaba en la antecámara de M. de Maillepré. Y como la experiencia es buena consejera, Nazario habia llevado consigo una almohada y una manta.

Tanta constancia merecía seguramente mejor fortuna, y sin embargo no habia producido hasta entonces ningun resultado.

El Marqués habia dejado á Paris indudablemente; de cualquier modo que fuese, su servidumbre no tenia de él la menor noticia.

M. VWilliams aguardó como una hora, al lado de Dragon, que continuaba roneando como un bendito. Al cabo de este tiempo, M. VWilliams llamó al criado, y le dijo:

—No tiene vuestro señor algun hombre de confianza á quien yo pudiera dirijirme?

—Tiene su agente de negocios, respondió el criado.

—Quién es ese agente?

—M. Durandin, procurador, que vive á dos pasos de aqui, en la calle de la Paz número 40.

—Y ese procurador, preguntó M. VWilliams, posee toda la confianza de M. el Marqués?...

—Oh! ciertamente! respondió el criado. Él sabe los negocios de M. el Marqués mejor que M. el Marqués mismo...

Aquel criado tenia todas las trazas de un guapo muchacho, y tal vez lo era...

—En cuanto á eso, continuó, sin aguardar á que M. VWilliams le dirigiese otra pregunta, M. Durandin es el fenix de los hombres...

Si vos teneis alguna cosa importante que decir á M. el Marqués, decidsele á M. Durandin que tanto monta...

Volvió á tomar M. VWilliams su carruaje, y se hizo conducir al núm. 40 de la calle de la Paz, en donde tenia su despacho el procurador Durandin.

Como ya sabemos, este era un hombre de aparienciá franca y sencillota; tenia mucha practica en los negocios, y su semblante constituia la careta mas cómoda que haya poseido jamás un procurador. Sabia perfectamente todos los papeles que representaba el falso Marqués de Maillepré; y el contenido de la cartera encarnada que le habia sido comunicado en su debido tiempo, le habia puesto al alcance de todas las noticias necesarias sobre la verdadera familia del Marqués Raoul.

M. VWilliams le abordó con varias preguntas. A la primera palabra, Durandin olfateó algun peligro, y se puso en guardia, con la mayor reserva, mostrando siempre, como suele decirse, el corazon en la mano.

A todas las preguntas del americano, respondió con un aplomo triunfante. Habló de Gaston, de las desgracias de su familia, de sus hermanas; cosas que solo un verdadero Maillepré ó su representante podian conocer tan á fondo.

M. VWilliams, desconfiado al principio, y persuadido despues por aquella farsa tan bien representada, dejó entrar la alegría en su corazón, y dió por terminadas sus fatigas.

Era ya Durandin para él un amigo, un hermano, el servidor de Maillepré.

Despues de una muy larga conversacion en que el procurador urdió con la mayor naturalidad una trama verdadera de mentiras, la memoria y los títulos justificativos pasaron de las manos de M. VWilliams á las suyas.

Al fin M. VWilliams habia encontrado en este París, tan fecundo en perfidias, un hombre franco y sincero, un hombre honrado!....

Al dia siguiente, Durandin se lo habia prometido con toda formalidad, debia ver á Gaston, á Berta, á Carlota y á Santa.

En cuanto al Marqués Raoul y su muger, M. VWilliams ó mas bien Jaime VWestern habia sabido sucesivamente su muerte, al seguir la pista de los Maillepré por las diferentes habitaciones que habian ocupado desde 1826.

Como nada dijo acerca de ellos, Durandin se guardó muy bien de pronunciar sus nombres. El callar es á veces el medio mas seguro de engañar....

Aquella mañana Jaime VWestern volvió muy contento al palacio de Maillepré.

Cuando despues de sentarse á su bufete,

dirigió sus ojos al retrato del Duque Juan, tan parecido al joven que vivía al otro lado del patio, Western se encojó de hombros, y murmuró con una sonrisa de lástima, pero lástima de sí mismo:

—Que pueda uno suponer semejantes locuras.

Santa se hallaba en una habitación, adornada de elegantes colgaduras, cuyas ventanas cubiertas con celosías no dejaban ver el exterior.

Estaba echada, completamente vestida, en un lecho graciosamente adornado de musolina y seda.

Alrededor de la habitación se extendía una guirnalda de pinturas vivas y alegres, en las que el artista había prodigado las rosadas carnes, delineando con parsimonia la tela de los ropajes.

Aquellos adornos no eran de un gusto por cierto muy esquisito. Había en todas partes lujo, brillantez y riqueza, pero advertíase al mismo tiempo un no sé qué muy extraño, que se despegaba visiblemente de los damascos y bordaduras. En medio de aquella atmósfera, y á través de aquellas esencias voluptuosas, se percibía cierto perfume como de malos lugares.

M. Burot habia pasado indudablemente por alli. Aquellos problemáticos encantos eran en gran parte obra de su erótica imaginacion. Habíase él gozado en elegir aquellas pinturas, en casar aquellos colores, en elevar en el fondo de la alcoba aquella luna indiscreta, que jamás podia ver el secretario sin sonreirse.

Habia agotado M. Burot su ingenio en crear aquel gabinete, que era su obra maestra, su obra favorita. De buena gana hubiera desafiado á todos los Burot de Francia á que produjesen una cosa mas perfecta en su género. Y en realidad habia alli una multitud de cosas útiles y convenientes.

En un estantito perfectamente construido se veían algunas docenas de libros divinamente encuadernados. Estos libros, cuyos títulos no seria decente mencionar, contenían entre sus doradas hojas bastante cantidad de veneno, en prosa y en verso, para emponzoñar un millon de hijas de Eva... En la mesa habia albúnes que reproducian en pintura lo que rezaban los libritos.

En esta parte M. Burot era un bibliófilo de primer orden, y aun prescindiendo de estas seducciones que él juzgaba indispensabilísimas, no habia descuidado por cierto la parte mecánica de su arte.

Allí habia tambien un sillón cuyos brazos articulados estaban dispuestos á juntarse á la primera ocasion, y otros cuyo pérfido respaldo, cediendo al menor choque, giraba sobre su eje y hacia inútil toda resistencia.

Ademas M. Burot tenia una coleccion de encantadores juegos que manifestaba con mucho gusto cuando se hallaba inter amigos.

Mucho sentimos tener que condenarlos al silencio.

Santa acababa de recobrar sus sentidos.

Estaba medio incorporada sobre la cama, y miraba con sorpresa los objetos desconocidos que tenia alrededor. Los acontecimientos de la noche se la representaban confusamente en medio de su turbacion. Aquello era un primer recuerdo vago y dudoso.

Sentíase envolver entre las ropas, y veía estremeciéndose el semblante asqueroso de Denisart borracho. Despues se sucedian choques repetidos... una noche oscura... el rodar estrepitoso de un carruaje. Luego el olvido y la muerte.

La pobre niña se interrogaba á sí propia, y no podia responderse; temblaba y no sabia por qué. El peligro que la rodeaba la oprimia cruelmente, por mas que ella ignorase su verdadera indole.

Cuanto mas registraba sus recuerdos, mas

se llenaba de dudas y de terror. En un momento en que la faz repugnante de Denisart gesticaba en su presencia, volvióse convulsa y muerta para huir de aquella terrible vision. Pero retrocedió espantada ante su propia imagen, que el espejo habia reflejado súbitamente en el fondo de la alcoba.

Levantóse estremecida, y se hincó de hinojos. Sus ojos giraron instintivamente alrededor de la habitacion, buscando una eligie santa á quien dirigir sus plegarias.

Pero por todas partes encontraron las excelentes pinturas reunidas por Burot, y sus ojos se bajaron al suelo.

Juntó Santa sus blancas manecitas, y desde el seno de aquella mansion inmunda, una plegaria virginal remontóse dulcemente hácia el trono de Dios.

A medida que Santa oraba, un rayo sereno de esperanza parecia descender hasta su frente; sus mejillas, cuya palidez no habia ahuyentado ni aun la vista de las pinturas obscenas, se cubrieron de un ligerísimo encarnado. Porque el fin de su oracion la habia traído á la memoria el pensamiento de Gaston, y Gaston era ya para ella inseparable de Romeo.

Sin saberlo ella, hablaba á Dios de Romeo, y se le podia por salvador.

No se asustaba ya del poder que iba conquistando el escultor en su pensamiento. Llamábale á sí sin desconfianza ni reserva, y ya no se avergonzaba de mostrar al cielo su corazón ajitado por el amor naciente. Porque Santa amaba.

Gaston no era ya su único bien. Había otro nombre que resonaba dulcemente dentro de su alma, esparciendo por sus labios una purísima sonrisa...

Continuaba Santa de rodillas sobre la alfombra, inclinando su frente graciosa, medio apoyada en las guarniciones de seda que adornaban el lecho. Estos primeros sueños del amor cubren con un velo risueño las realidades mas tristes.

Santa no veía ya nada de cuanto había á su alrededor, su éxtasis le llevaba muy lejos de su prision, de aquella prision tan dorada como infame. La hermosa niña se imaginaba corriendo al aire libre; apoyábase en un brazo valeroso; su corazón se dividía feliz entre su amor naciente y su ternura fraternal, que no había sido alterada por aquel nuevo sentimiento.

Aquellos eran días venturosos, placeres del alma, una felicidad que se deslizaba lentamente hasta el reposo de la muerte... Y mas allá de la tumba, porque los éx-

tasis de amor traspasan siempre los límites de la vida; Romeo todavía junto á Gaston, una ternura santa en presencia de Dios, una eternidad de inefables caricias...

Al mismo tiempo se escuchaba en las habitaciones inmediatas el ruido sordo de unos pasos que hollaban las alfombras, y el murmullo de una conversacion habida en voz baja.

Santa volvió á pensar en el presente. Levantóse casi consolada, como si su dulce sueño hubiera sido una promesa de felicidad.

El dia estaba hermoso y claro. Santa se dirigió á la ventana para ver en donde se encontraba.

La ventana se abria sin duda por medio de un resorte secreto, porque Santa no pudo levantar la pequeña falleva. Solo pudo ver á través de las persianas inclinadas un gran jardin cubierto de árboles y al lado de allá las paredes de una casa.

Santa, despues de registrarlo todo, descubrió por cima de su cabeza una de las tablitas de las persianas que estaba levantada; subióse sobre un cajon y se puso á mirar por la abertura.

Solo vió la cima de los grandes árboles y á través de sus ramas deshojadas las

traseras de muchas casas desconocidas para ella. Eran las casas de la calle de Montaigne.

Cuando ya iba á bajarse, Santa sintió abrirse una ventana que estaba colocada en frente de ella al otro lado del jardín.

Apareció en aquella ventana una cabeza de muger, una cabeza juvenil y encantadora, alrededor de la cual jugaban los bucles de una negra y profusa cabellera.

La joven, que estaba en un gracioso peinador de mañana, sonrió al sol resplandeciente que se levantaba con ella.

Santa dilató sus ojos llena de asombro. Miraba á la joven de en frente con una expresión de sorpresa y de incertidumbre.....

—Es ella, Dios mío! .. murmuró.

Frotóse los párpados y volvió á mirar de nuevo.

Después sus labios estremecidos murmuraron el nombre de Carlota...

En el mismo momento giró una llave en la cerradura de la puerta. Santa solo tuvo tiempo para saltar á tierra, y ya se halló en presencia de una muger de cierta edad, cuyo trage guardaba un justo medio entre el de una señora y el de una criada; vestido de seda, gorro rameado, sortijas en todos los dedos, y un delantal de percal blanco.

Aquella muger tenia un semblante hipócrita y bajo. En su sonrisa obsequiosa se reflejaba la falsedad y la mentira. Traia en una mano un vestido de preciosa tela, y en la otra una guirnalda de rosas y un cofrecito abierto, dentro del cual resplandecia un aderezo de turquesas y záfiro. Acercóse sin volver á cerrar la puerta y se detuvo delante de Santa, que permanecía cortada y confusa.

—El señor me envia á preguntar á la señora, dijo la recién llegada, si la parezco bien para doncella.

Santa la miró asombrada.

Madama Brunel, este era el nombre de aquella muger, hizo una reverencia y aproximó el cofrecito al cuello desnudo de Santa, como para ver el efecto de las piedras sobre el cutis satinado de la joven.

Santa se puso encarnada y bajó los ojos.

—Señora, os suplico que me digais, murmuró esta, cómo es que estoy yo en esta casa, y qué es lo que quieren hacer de mí?...

Madama Brunel hizo una segunda reverencia.

—Quieren hacer vuestra felicidad, hermosa niña, respondió esta: quieren adornar con riquísimos vestidos vuestros blancos hom-

bro, con flores vuestros cabellos y con diamantes vuestra frente... Ah! teneis mucha suerte, por cierto!...

—Pero, por qué me han robado? dijo Santa.

Madama Brunel se echó á reir.

—Quereis comenzar vuestro tocador inmediatamente? preguntó esta en vez de responder.

Colocó al mismo tiempo las flores y el cofrecito sobre una mesa, y aproximóse á Santa, desdoblado el vestido como para llenar sus deberes de camarista.

Santa retrocedió, y, á través de su turbacion, un rayo de indignacion arrogante brilló bajo sus párpados.

—No quereis? dijo madama Brunel: bien, lo dejaremos para otra ocasion...

Colocó el vestido junto al cofrecito, y dirigióse hácia la puerta.

Santa se lanzó tras ella.

—Yo os lo ruego! yo os lo ruego! murmuró con los ojos súbitamente arrasados de lágrimas; dejadme salir de esta casa... nosotros somos muy desgraciados!... Biot me anda buscando sin duda... dejadme volver á su lado!

—Biot! repitió madama Brunel sonriéndose; poco importa que os busque, niña mia,

porque no os hallará...

Al mismo tiempo hizo un movimiento para salir. Santa la detuvo asiéndola por el vestido: sus ojos demandaban compasion.

Madama Brunel la contempló un instante con una sonrisa hipócrita y helada.

—Siempre sucede lo mismo, murmuró; ya sabemos adonde van á parar estos accesos de desesperacion... Mañana, todo habrá concluido.

Y añadió en voz alta:

—Yo no soy el ama de esta casa, señorita... Una vez que hablais de dejar nuestra compañía, voy á enviaros al señor.

—No! oh, no! exclamó Santa, con un acento instintivo de terror.

Pero Madama Brunel estaba ya fuera.

Santa se alejó aterrada y confundida hasta quedarse junto á la ventana.

Algunos momentos despues entró en la habitacion un hombre con aire insolente y triunfador.

Este hombre no era todavia Júpiter; era Mercurio.

M. Burot tenia puesta su levita mas azul, su pantalon mas gris, y su chaleco mas llamante y visible. Sus cabellos estaban eminentemente despeluzados. Toda su persona exalaba un olor penetrante de tabaco, que queria

en vano neutralizar el almizcle con que se habia perfumado M. Burot aquel dia exageradamente. Esta mezcla producía un efecto abominable, de que M. Burot aparecía muy satisfecho.

Adelantóse, pues, con aire bondadoso, la cabeza erguida y las manos á la espalda.

—Y bien, mi querida niña, dijo Burot; todavía estamos así, con la misma tristeza?... Tenemos miedo, hé? Pues no nos hallamos entre lobos!...

Miró Santa con gran desconfianza á aquel hombre que trataba en vano de cubrir con un velo de bondad su cínico semblante. Refugióse hácia la ventana, no pudiendo huir mas lejos.

M. Burot, que tenía la mas alta idea de sus atractivos personales, iba entonces á comenzar la lucha para entregar á su amo una fortaleza ya rendida. Trató de conducirse con toda la habilidad científica que podia darle su experiencia. Acercóse á la plaza; trazó á su alrededor oportunas circunvalaciones, sin olvidarse de ninguna de las estratajemas que convierten un sitio dispuesto en regla en el mas hermoso episodio del arte militar.

Dejando metáforas á un lado, M. Burot no escaseó ninguno de sus recursos; mostróse alternativamente paternal, suplicante, impe-

rioso y poeta. Su elocuencia supo encontrar brillantes parrafillos, para describir el esplendor y los placeres del lujo. Cantó con atrevida gracia la felicidad sin igual de la muger libre.

Nosotros creemos con fundamento que M. Burot salia bien ordinariamente de las expediciones de este género. Sin esta circunstancia su señor no hubiera pagado por tanto tiempo sus servicios.

Por otra parte, su fatuidad, no podia proceder mas que del buen éxito que obtenia con frecuencia en sus combates de galanteo.

En esta ocasion se creyó tambien vencedor seguramente.

Durante la primera parte de su larguísimo discurso, Santa le habia escuchado inmóvil, pálida y con los ojos bajos.

M. Burot, que conocia tan bien á las mugeres, podia suponer acaso que la joven no comprendia absolutamente ni una palabra de su arenga?... Y era así sin embargo. Por espacio de algun tiempo, la ignorancia de Santa la libró de la humillacion....

Hasta entonces habia respirado en una atmósfera tan pura, que las palabras vergonzosas de Burot podian resonar á su alrededor sin que ella las comprendiese ni remotamen-

te. Pero á medida que aquel se animaba, la vaguedad de su poesía se iba haciendo mas precisa. Su elocuencia comenzaba á prescindir de las formas. Sus figuras retóricas, echando á un lado flores y adornos, se dirigian rectamente á lo real...

Santa comprendió al fin. Una horrible amargura la envenenaba el corazon...

Comprendió al fin, del modo que ella podia comprender, como comprende la vírgen que nada sabe, pero cuyo instinto está siempre en vela....

Aquel fue un golpe cruel para la hermosa niña. La vergüenza la sofocó, sin dejar lugar á la ira en aquel primer momento. Dejóse caer en una silla inmediata, y cubrióse el rostro con las manos.

M. Burot acarició su barba con aire de triunfo.

—Negocio arreglado! murmuró, acompañando esta frase con una pirueta de satisfacción.

Aplicó el oído. Fuera resonaba el ruido de un carruaje que se acercaba.

—Esto se llama llegar á tiempo! dijo.

Un minuto se pasó de este modo. Luego resonó la campanilla de la puerta exterior.

Burot hizo una segunda pirueta todavia mas airosa y desahogada que la primera.

Despues se dirigió fuera de la habitacion.

Volvió á entrar, pasado un momento, precediendo á M. el Duque de Compans-Maillepré, el cual estaba tan bien peinado, atildado y acorselado, que no se le hubieran atribuido mas de cincuenta años de edad.

Burot le señaló á Sauta con el dedo, hizo una cortesía empapada de orgullo y de modestia, y retiróse silenciosamente.



El Amor en París.

Ruégoos, amabilísimos lectores, que no vayais á figuraros ahora ese niño amable, rollizo y rosado, ese infante rubito, cegado galanamente por los mitólogos, con sus alitas de perlas al canto, su dorado carcax, su arco pendiente al hombro y sus agudas flechas.... Ya me entendeis: hablo de esas flechas que picaron á Dido, que causaron á Calipso aquella herida, madre de las Aventuras de Telémaco. Esas flechas, de las cuales una perdió á Troya y la otra introdujo el desórden en la familia de Theseo, conocida hasta entoces por sus costumbres ejemplares..... Esas flechas terri-

bles y dulces que han producido tantas tragedias!

No. Nosotros hemos cambiado todo esto. Nuestro amor tiene ojos y hasta leates de larga vista. Si lleva alguna cosa sobre el rostro, es solo una máscara tal vez, porque es muy necesario que se diviertan los hipócritas. En cuanto á su carcax, es posible que haya guardado en él algunas flechas despuntadas por casualidad; pero seguramente que el ceñidor de Venus no tiene ya lugar donde se coloquen los juegos, las risas y las gracias, porque como sabeis muy bien, nosotros le hemos rellenado de oro...

Y ciertamente, no valen los luises tanto como las rosas?

Acaso tienen las tímidas violetas mas perfume que las guineas?....

Los tiempos cambian. El universo se perfecciona. El Amor, en aquellas remotas edades de que no sabríamos mofarnos bastante, era sin duda un muchachuelo de los mas insulsos. En conciencia, qué se podia hacer de un dioscecillo tan rubicundo y tan rollizo?.... Y ademas... no osaba presentarse el picaruelo vestido solamente con una seneilla banderola?...

Nosotros, que hemos inventado la muger de mundo, no podíamos prescindir de cubrirle

á lo menos con un vestido negro.

Ocultad esos pies desnudos! Son indispensables unas botas para no hacer sonrojar á las Lais de nuestros dias.

Anudad una corbata á ese gracioso cuello, ó de lo contrario, chicuelos, os va á atacar Mesalina en una gaceta redactada por...

Quién! Mesalina en el templo! Chiquillo, Mesalina tiene cincuenta años. Quién se acuerda ya de su juventud, á no ser el horro Narciso?...

Y Narciso, tal vez soy yo el primero que os lo dice, es el portero de ese templo de que os hablo, en donde se enseña al pueblo esta religion única, á saber: que es bueno, meritorio, caritativo, racional, moral, cristiano, patriótico, justo, glorioso, politico, indispensable y muy espiritual el suscribirse á los voluminosos libros que hace componer el dueño del establecimiento, del mismo modo que á los académico-trovadores de el honrado M. Proprement, hombre de escoba, llamado por un destino feroz á barrer las aceras de la literatura.

No tendrá ya Dios un látigo para las espaldas de los mercaderes?...

Ved aquí, pues, á nuestro amor todo vestido de negro. Pobre muchacho! Para ponerse el frac ha tenido que recortar sus alas. Ver-

dad es que para nada le servian ya. A lo mas, solo necesita ahora el aparejo zumbador del escarabajo, para seguir los caprichos de nuestros abotagados tenderos de nuestros pedantes testarudos ó muy débiles de Solomo, y de esos patanes, con títulos de Duques, que se engolfan ahora en la seda donde pululaban en otro tiempo aquellos malvados nobles, de quienes ellos son una envidiosa caricatura....

De cualquier modo, hemos hecho muy bien en vestir al Amor. Tiene la talla de un niño, es tan viejo ya como un burgrave, y en sus carnes rollizas en otro tiempo podriamos descubrir muchísimas arrugas.

El amor no es ya un niño, es un viejo enano.

Un viejo enano, cínico y avaro, que tiene la sonrisa de Diógenes y que traspasa acciones en los ferrocarriles. El frac no basta á cubrir tanta fealdad.

Mesalina, prestadnos vuestro velo que es tupido y lo cubre todo, para echarle sobre los hombros de este dios, cuya vejez dá lástima y vergüenza.

París es la ciudad de los amores. Los cancioneros lo han dicho, y los bailarines de polka lo repiten...

París es una inmensa Cyteres, adonde los hijos de Venus se han refugiado á pasar los dias de su vejez. En honra y gloria suya

mil altares queman incesantemente dudosos inciensos. Su culto es un negocio de decencia, una especie de conservatorio que sirve á los liones muy jovenes y á los banqueros muy viejos, como el libro de horas servia bajo la restauracion á ilustres paganos.

Dudamos que el dios desconocido que preside al trote inglés, y á quien se encomiendan los caballos, tenga tantos y tan fervientes adoradores.

Estas dos divinidades, por otra parte, son primas; nuestro Amor se parece al dios de los jockeys, que debe ser algo chalan.

Es cosa terrible pensar que el amor se ha hecho viejo, y que al hacerse viejo se ha convertido naturalmente en usurero!

Por este inmenso París, en donde hay de todo, tal vez encontrareis en alguna parte el amor juvenil, el amor puro y hermoso, aurrucado por casualidad desde muchos siglos antes como la Bella del Bosque que nos pintan dormida los cuentos de hadas. Miradle con atencion, porque no le hallareis mas que una vez sola. Contemplad qué encantadora, qué divina es su frente, qué digna de adoracion! qué casta y tierna es su sonrisa! qué puro el hermoso resplandor de su mirada! Miradle bien, niñas inocentes, porque ese amor, aunque aparece desauído, no derrama

jamás el carmin de la vergüenza sobre la frente inmaculada de las vírgenes! Pero París es muy grande: en dónde se oculta este tesoro?... Será tal vez en esos barrios venturosos, en que florecen las nueve musas? Allí donde el pincel prodiga sus colores, el cincel sus líneas, la pluma sus conceptos, ó la Opera sus bailes y su canto?....

Toda prima donna ha tenido un corazón, antes de valuar su peso en oro; pero el arte, en nuestros tiempos, ha envejecido también.... Enterpe quiere ser reina, y vende sus imperiosos besos por un trono de cartón; Terpsicore, casada constitucionalmente capitaliza sus favores; Melpómene, que tiene dos corazones, ordena sus amores en partida doble, y recibe el óbolo de Pan para vestir á Thália... Melpómene es una síntesis tan espantosa como el Mapah!... Apeles presenta á su amada desnuda en el salón; Phidias copia la hermosura de su muger y la vende por ejemplares; Hesiodo, que aspira á entrar en la academia, pone la suya como anzuelo al extremo de su caña y va pescando votos... En cuanto á Sapho, ya sabeis todos sus pasos. Se estravía por indescribibles caminos, seguida unas veces por Phaon y otras por Phyrne...

Y es en este noble arrabal donde se con-

servan dignamente las tradiciones de otra edad? Allí no se ama; se contraen matrimonios. Se sortean los nombres y las fortunas. Una diadema de Barón se desliza por entre una corona de Marqués... Veinte mil escudos de renta se casan con sesenta mil francos de idem... Y todo se hace honradamente. Pero consiste el amor en los timbres multiplicados por la aritmética?... Pasemos adelante.

Tal vez se encontrará el amor en ese barrio de alto renombre, adonde los habitantes de las provincias envían á sus herederos para que frecuenten las escuelas? Nosotros honramos al Prado, respetamos la Chartreuse, veneramos la Sorbonna y hasta el mismo Colegio de Francia, pero no frecuentamos esos ilustres establecimientos que tienen para nosotros cierto perfume uniforme de choc-nosofismo universitario.

En fin, será en esos mortales lugares del duodécimo distrito, en donde la miseria diezma sin cesar los infelices riverenos de la Bievre? Ya lo sabemos: los poetas dicen que el amor se sienta con gusto á la cabecera de la indigencia; pero los filósofos afirman que el hijo de Venus no puede soportar el hambre...

Ah! por todas partes, por las dos riveras

del Sena, al lado de allá y al lado de acá de los boulevares, encontraremos siempre ese amor repugnante arrugado y calculador!

El amor lejítimo, el amor protegido por las leyes, el amor odioso y criminal a los ojos de las mismas, todos se asemejan y se confunden aquí!... Aquella frente que va á ceñir la blanca corona de azahar, está cubierta de guarismos! Las pálidas mejillas de esa muger que se desliza fuera del lecho conyugal esconden un secreto interés!...

El desposado suma y resta de memoria durante la misa de su casamiento; la adúltera discurre y calcula. Ese hombre que os roba vuestra muger, en todo piensa menos en la muger que os roba!

Se habla de amor, se hacen negocios... El vicio se entroniza en el lugar destinado á la pasión. Se ama por adquirir ó por ascender, por conservar ó por sostenerse.

Si algunos de vuestros amigos ama de otra manera, tened cuenta con él... ese hombre se sale del sendero en que pulula la generalidad. Ese hombre llegará á comprometeros! No consiste nuestra virtud en el logro de los fines?...

Bien hace el poeta al encenagar su lira, cuyas cuerdas de oro vibran en falso cantando á Minerva mediante la paga!

Ese joven hórroe que no tiene aun mas que una charretera, hace bien en servir de page á la esposa de su coronel.

Todos vosotros, mancebos encantadores, los que sacais vuestro escote del inmenso panal del amor, haceis muy bien: benditos seais. una y mil veces benditos! El mal está en enloquecer por una pobre muchacha que carece de oro y de crédito; el mal está en conducirse como un Amadis en este hermoso siglo de las luces; el mal, como dicen los hombres establecidos y que saben de mundo, el mal está en ahorcarse por el pescuezo.

Solo existe una falta tan detestable en el mundo como un amor inútil; esta falta consiste en carecer de habilidad ó de prudencia, en dar un golpe en vago y hacer que el mundo esclame á voz en grito: anatema!

Porque aunque parezca increíble! el mundo, tal como es en sí, tiene á veces todavia el descaro de indignarse!... Y sobre todo, se dirige contra vosotras, pobres mugeres! y os pulveriza bajo su calculada reprobacion... Siempre que está en su mano, la astuta Mesalina ahoga sin piedad á la pobre Magdalena.

En cuanto á los hombres, es necesario que sean muy aturdidos ó que se hallen muy cerca de la virtud, para tener ningun peligro

que recelar. Y, ciertamente, no es indispensable que cada uno se dirijia por su camino?... En tésis general, está reprobado que el amor encienda la guerra, que amenace y que demande la bolsa ó la vida. Porque este amor es en realidad muy peligroso, comercialmente hablando, y ataca por su base la seguridad de las transacciones sentimentales. Este amor es, en materia de galanteria, lo que en materia de prensa la critica conminatoria.

No somos nosotros de esos que se irritan desmesuradamente contra la injuria literaria, y dedican un ódio rabioso contra los graznidos indigestos de la critica que se enronquece en su boardilla. Por el contrario, sentimos en nuestro corazon una lástima tierna é ilimitada hacia nuestros cofrades indigentes á quienes la necesidad obliga á morder á la ventura sopena de no comer al dia siguiente.

Cómo conservar rencor contra ese pobre gentleman, que ocultando á medias su nombre bajo un seudónimo desconocido, se enronquece gritando justicia sobre cualquier suceso que pasa, se condena al frio, y trabaja como un Hércules, para recibir la paga de un portero!...

Cómo no compadecerse dolorosamente de la triste situacion de ese otro, joven escelente segund dicen, que tiene por querida una

vieja fastidiosa é indigesta, á quien sufre como esclavo en sus rabieta, teniendo que oír los improperios de su boca desdentada!...

Preciso es pensar en la dura oscuridad en que vegetan esos pobres escritores que no carecen acaso de ingenio y de talento... Y lejos de irritarse contra la chismografía cotidiana que destilan sus labios imponentes, debe decirse solo: Cuánta amargura se esconde bajo esta rabia! cuánta angustia encierra esta palabra injuriosa! qué hambre tan inmensa debe tener este hombre cuando desciende á semejante ocupacion!...

Entiéndase bien que hablamos aqui solamente de esos bravos de pluma que están dedicados á denigrar á los demas por un salario. Nosotros respetamos la conciencia severa del verdadero critico, y nunca hubiéramos podido pensar seguramente en hablar de él á propósito de los condottieri del amor...

El amor, en París, tiene muchos misterios, que no es licito investigar.

A qué descender, por otra parte, á esas oscuras guaridas, á las cuales dá la policía todos los años un dia de celebridad!

Su horrible oscuridad, súbitamente iluminada, llena de asombro y de espanto á la ciudad durante una semana; luego se nos quie-

re obligar todavía á poner en duda, á calificar de quimeras las agapas de la calle del Oursine, y las monstruosas ferias de la calle de Rempart.

Si fuera nuestro ánimo tratar á fondo esta materia, tendríamos que describir hartas infamias de pies dorados, que no pululan entre el cieno! Podríamos mostrar á todos los habitantes de todos los barrios, ricos y pobres, ilustres y oscuros, buscando de mil modos diferentes el camino de utilizar la pasión del amor, convirtiéndola en un comercio.

Unos ejercen este comercio descubiertamente; vosotros les tropezais con los pies; su nombre es una injuria. Otros son ó serán magistrados, tribunos, inspectores, senadores, cónsules tal vez algun día... uno de ellos llegó á ser emperador!

Y es esto tan cierto, y esta corrupción ha penetrado tan profundamente hasta el fondo de nuestras costumbres, que ya no tiene que contar para nada con la virtud misma!

La virtud especula también; especula virtuosamente: el amor es para ella una escala honesta y casi decorosa.

De manera que, puede decirse esto sin que pase por paradoja, para encontrar en esta materia una sombra de desinterés, será preciso que descendamos hasta el vicio, y que elija-

mos el mas horrible de todos, el vicio que corrompe y paga.

De manera, volvemos á decir, porque es necesario proceder lógicamente; que M. el Duque de Compans-Maillepré en su casita de recreo, podia pasar por uno de los adeptos mas puros de nuestro amor en traje negro.

Al entrar en el gabinete en que la habilidad de M. Burot habia reunido tantos y tan maravillosos atractivos, M. el Duque de Compans-Maillepré cerró la puerta tras de sí, y se detuvo con el sombrero en la mano á alguna distancia de Santa.

M. el Duque, como ya hemos dicho, estaba completa y ventajosamente transformado. Su traje y las hábiles restauraciones que su sastre sabia hacer en el cuadro deslucido de su persona, le volvian otro enteramente. Casi, casi parecia un hombre agradable. A mas de esto, tenia cuando queria nobles y elegantes maneras. Su galantería recordaba un poco los tiempos del imperio, pero esto le sentaba muy bien.

Permaneció un instante inmóvil contemplando á Santa. Esta continuaba con las manos sobre el rostro.

El Duque examinó como hombre inteligente los finisimos detalles de su garganta, y la

redondez armoniosa de sus hombros. Contempló con avidez la encantadora inclinacion de su talle, y contó uno por uno todos los pliegues que rodeaban aquel cuello de virgen. En sus labios apareció una sonrisa glotona. Sus ojos pestañeaban sin cesar... el Duque murmuró para sus adentros.

—Deliciosa niña.

Y el Duque tenia razon. A pesar de que las manos de Santa cubrian su semblante, era imposible imaginar nada mas gracioso y encantador que aquella niña.

Estaba su cabeza suavemente inclinada sobre el hombro, y sus cabellos aparecian en desórden desprendidos en bucles transparentes. En su actitud se descubria una espresion, de triste dolor y algo de ese espanto salvaje, que es la delicia de los Don Juanes que han llegado á la edad de M. el Duque.

Este último habia tomado aquella contemplacion como un prefacio de la entrevista.

Habiase puesto el lente delante de los ojos. Ora se inclinaba á la derecha, ora se balanceaba hácia la izquierda, buscando siempre los efectos de la luz, para no perder de vista aquel espectáculo que le encantaba dulcemente.

Entonces habia vida y animacion bajo las pestañas teñidas del galanteador perezoso.

Los músculos parecían haber vuelto á estirar las carnes arrugadas de su semblante. En toda su persona se reflejaba un no sé qué de gallardía y satisfaccion, que daba ágiles movimientos á sus miembros envejecidos.

Adelantóse, pues, con paso gentil, mariposeando como para poner en evidencia una pantorrilla admirablemente configurada, pero que solo era un accesorio de su media de seda. Llegóse hasta donde se hallaba Santa, y tomóla una mano para llevarla á sus labios.

Levantóse Santa bruscamente y abrió sus ojos espantados...

Os hubiera causado lástima y terror contemplar entonces aquella niña tan hermosa y tan dolorida. Pero el Duque sabia muy bien cuál es lo mas regalado y esquisito en el amor; estasióse al mirar aquellos ojos descarriados; hubiera pagado á peso de oro cada uno de aquellos estremecimientos convulsivos.

Entretanto Santa le habia arrancado su mano. Manteníase en frente de él, desconfiada y como llena de terror. Bajo sus largas pestañas de seda, caídas entonces, habia una espresion de extravío disimulado.

Estas pobres niñas, al verse entre los lazos, aparecen mas hermosas todavia en me-

dio de su angustiosa amargura!

El Duque amortiguó el fuego de su mirada, y tomó un aire paternalmente cariñoso.

—Uno de los mayores placeres de la fortuna, dijo dulcemente, consiste en poder reparar algunas veces las injusticias de la suerte, cambiando en felicidad las desgracias de ciertos seres que no merecen ser infelices....

El Duque como puede suponerse, sabia de memoria esta leccion. Decoróla, pues, en tono conveniente y acompañándola con el lenguaje de accion que exigian las circunstancias. Tenia, por otra parte infinitas fórmulas. Por esto estudiaba en el gesto del nuevo pájaro en jaula, como hubiera dicho Burot, qué exordio deberia elegir en su abundante repertorio.

Poseia exordios cortesanos y galantes, poseialos chocarreros burlescos, y tambien positivos que se dirigian al grano inmediatamente, proponiendo un ajuste en terminos comerciales... Las circunstancias decidian siempre la eleccion.

El exordio que el Duque empleaba para con Santa, era el que le servia siempre cerca de las niñas candidas, y el que mas le placia de todos...

Santa no levantó los ojos; pero su terror se calmó un poco, porque los que nada saben, esperan siempre con tranquilidad.

—Hace ya mucho tiempo que os conozco, repuso el Duque, y que sé el valor con que luchais contra la indigencia... Ya no sufrireis desde hoy en adelante, señorita, ni vos ni vuestra familia... yo seré desde hoy vuestro protector.

En esta ocasion, el Duque no tuvo que congratularse demasiado de la habilidad de su secretario. A no haber hablado antes M. Burot, Santa, ignorante y sincera, tal vez se hubiese dejado sorprender por estas melosas palabras; pero estaba puesta ya sobre la defensiva, merced á la imprudencia de M. Burot, y desconfiaba de todo...

Y sin embargo, habia tanta candidez en su corazon, que se sintió conmovida por aquella aparente bondad.

Cesó de temblar; hermosos colores de rosa reemplazaron el vivo encarnado de sus mejillas.

El Duque comprendió su buena posicion, y continuó animándose.

—Yo sé, querida niña, que no habeis nacido para vivir en la oscura condicion en que vegeta vuestra juventud...

Esta era tambien una frase escelente, y que entraba con frecuencia en los discursos del Duque. La esperiencia de toda una vida de combates amorosos, le habia enseñado

que, de diez mugeres pobres, hay nueve que pretenden haber sido ricas, que echan menos una nobleza caída, una opulencia eclipsada...

Nueve, de cada diez... esto basta para establecer la regla general; pero puede muy bien suceder que la décima sea verdadera víctima de la suerte...

Asi es que aquella frase solia tener un efecto mágico. El Duque no se acordaba de haberla pronunciado nunca sin suceso.

Esta vez le produjo sin duda, y le produjo tan milagroso como no podia esperarse de ningun modo. Santa, sorprendida y agitada, cobró confianza. Sus ojos se elevaron serenos hasta M. de Compans, interrogándole dulcemente. Pero bajáronse al punto aterrados, porque M. el Duque, no preveyendo aquella mirada repentina, no habia tenido tiempo de componer su semblante.

Habia visto Santa en aquella boca una sonrisa cinica, cuya verdadera significacion no habia podido descifrar su candidez de virgen, pero que habia sido bastante á rechazarla enérgicamente, sumiéndola en lo mas profundo de su terror. Aquella sonrisa la anunciaba un ataque, poniendo en guardia los instintos de defensa que la virgen lleva siempre consigo.

El Duque se hubiera mordido los labios, á no tenerlos pintados. Frunció sus cejas encolerizado contra si mismo. Érale preciso cambiar de batería; aquel primer asalto habia salido mal.

Y, bien reflexionado, esto tal vez no era una desgracia. Los caminos tortuosos son siempre largos, y M. el Duque tenia bastantes negocios entre manos...

Desde luego, despues de aquella le aguardaba otra... Para qué emplear un enorme prólogo en un drama que no debia tener mas que una escena?...

—Querida niña, continuó Compans mudando de tono; en vano querria yo ocultaros el sentimiento que me arrastra hácia vos... Vos le habeis adivinado en mis ojos...

Interrumpióse el Duque, y quiso asir la mano de Santa, que se refugió temblorosa y pálida á un ángulo de la ventana.

—Por qué tanto miedo? exclamó el Duque riéndose; todo lo que os he dicho es verdad... Sereis rica en adelante, rica y feliz, hija mia... Tambien la hermosura es una providencia... y vos sois tan hermosa!

Colocó una rodilla sobre la alfombra con algun trabajillo.

—Dejadme deciros que os amo, continuó; dejadme besar esa mano encantadora

á cada dedo de la cual quiero ceñir un diamante...

Santa ocultó una de sus manos detrás de sí, y colocó la otra sobre su corazón desfallecido de dolor. Dos lágrimas brotaron de sus ojos, rodando por sus mejillas descoloridas.

Los ojos de Compans brillaron entonces con mas fuerza.

—Qué celestial estais así! dijo con su sonrisa cortesana, cuánto amo yo esas lágrimas, y qué dulce me será enjugarlas!...

Alargó sus manos estremecidas, y asió la fina cintura de Santa. La joven se enderezó al sentir aquella primera presión. Su seno palpitó ajitado. Sus mejillas se enrojecieron, y sus lágrimas se secaron completamente; su frente apareció coronada por una expresión de admirable arrogancia, brillando durante un segundo con la soberbia valerosa de su raza. Y estaba tan hermosa de este modo, que el Duque se quedó inmóvil delante de ella, balbuceando palabras confusas que ni él mismo entendía... Pero Santa era una niña. Por entre aquel acceso de altivez se traslucía la debilidad de los tiernos años. Durante algunos segundos, apareció sin miedo y capaz de resistir á cualquier violencia. Luego, sus párpados se estremecieron. La hermosa niña di-

rigió una mirada alrededor de la habitación para fijar furtivamente sus ojos en el Duque, que la atajaba el paso. Sintióse oprimida por la conciencia de su aislamiento. Su linda cabeza inclinóse de nuevo bajo el peso de una angustia infinita, cubriendo su rostro desconsolado con el velo transparente de unos bucles de seda.

—Qué hermosa eres! qué hermosa! balbuceó el Duque, cuyas manos osadas intentaron una caricia.

Vaciló Santa, como si la hirieran en el corazón. Después, sintiéndose de improviso con las fuerzas desesperadas que dá el terror, hizo un bruseo movimiento y logró desasirse de los brazos del Duque, que cayó torpemente sobre sus manos.

Santa se habia refugiado al otro extremo de la habitación.

El Duque se levantó trabajosamente. Las venas de sus párpados estaban hinchadas. Una línea de espuma se estendia por sus labios abriéndose paso por entre la cascarilla del carmin.

—Qué loca eres! dijo el Duque lanzándose hacia la jóven; cómo piensas escaparte de mí?...

Siguióse entonces entre la víctima y el sátiro un combate vivo, fogoso, que después de

aquella otra lucha horrible, ofrecia un lado muy cómico en verdad. En aquella escena, como en todas las cosas de la vida, la risa estaba al lado de los gritos angustiosos del dolor.

La habitacion era pequeña, y la colocacion calculada de su mueblage daba una gran ventaja al Duque. Pero Santa era ágil, y el terror redoblaba la celeridad de sus pasos. El Duque se fatigaba vanamente en seguirla, y mezclaba hijadeando palabras de amor con palabras de cólera.

Salia de su pecho un ronquido, su paso comenzaba á ser mas lento, sus piernas iban perdiendo su rigidez.

Santa huia lijera como una silfide. Ora pasaba á la izquierda, ora volvia á la derecha engañando la persecucion obstinada de M. de Compans. Y al huir, la pobre niña rogaba á Dios con turbado fervor, y llamaba á la Virgen en su auxilio.

Dios y la Virgen parecian abandonarla...

Sus fuerzas desfallecian; la ahogaban sus sollozos; las lágrimas la cegaban, y bien pronto iban á impedirle dirijir sus pasos para evitar aquel peligro.

El Duque que entreveia la victoria, redoblaba sus esfuerzos. Causaba horror oir su ronquido, aquél ronquido anheloso de alegría y

de embriaguez...

Detrás de la puerta, en el corredor, madama Brunel y M. Burot aplicaban alternativamente un ojo á la cerradura, divirtiéndose asi como dos bienaventurados.

—Fuerza será que la alcance! decia madama Brunel.

—Es igual... decia Burot; yo no me encargaria de esa comision ni por el doble de mi sue'do.

—Cómo resopla! escuchad, escuchad!...

—Mirad el agua que destila su peluca!...

—Al fin la atrapará...

—No la atrapará!

Y los dos buenos criados se reian á mas no poder. No faltaba causa para ello.

M. el Duque, desprovisto ya de fuerzas, perdia el aliento y se sentia vacilante. Sus ojos encarnizados querian salirse de las órbitas. Ya no rogaba, amenazaba furiosamente.

Santa, rendida de fatiga, estaba á cada paso á punto de caer. Las amenazas del Duque la asesinaban. Pero corria sin embargo sostenida por la violencia de su terror; pero ignoraba ya por donde iba...

Pobre ángel! el demonio era mas fuerte...

Hubo un momento en que sus ojos extraviados se encontraron con el rostro horriblemente puesto de Compans. Este fué el último

golpe... Su corazón dejó de latir; Santa cayó en tierra exalando un gemido.

El Duque fué á caer á su lado, y lanzó un horrible ronquido.

M. Burot y madama Brunel chocaron sus manos detrás de la puerta.



Loreta.

N. el Duque de Compans era viejo; estaba aun mas envejecido de lo que pedia su edad. Si hubiera tenido diez años menos, nosotros habriamos cerrado la escena al fin del último capítulo, bajando el telon á tiempo. Pero hallábase ya tan completamente desfallecido, al caer junto á Santa, que solo tuvo fuerzas para asir su vestido con ambas manos, á fin de impedirla que se levantase. Despues se quedó inmóvil, hijadeando, con la boca abierta, y privado de voz.

El combate desesperado que acababa de

soportar, habia desarreglado enteramente el artificio laborioso de su toilette. Estaba horrible, espantoso, pero grotesco á la par. Hubiera inspirado lástima, á no ser por el furor salvage de la pasion que agitaba sus facciones, y que habria helado el corazon de cualquiera que le mirase.

Su postiza cabellera se habia descompuesto, colocando de través sobre un cráneo desnudo el confuso peloton de sus mechones despeluzados. Las gotas del sudor que caia de su frente, habian señalado tortuosamente su paso sobre el colorete de las mejillas. Sus ojos aparecian rodeados por mil arrugas, lo mismo que su boca; sus cejas estaban desteñidas y sus labios sin color.

Aquella era, aplicándola á un viejo y llevada al último extremo, la risible trasformacion que un wals demasiado entusiasta produce alguna vez en el rostro retocado de una coqueta ya madura. Pero, al contemplar á aquella pobre niña, casi desmayada y como petrificada por el espanto, no hubiérais tenido valor para deteneros en la parte risible de esta escena.

Os hubiérais estremecido al ver tan cerca de la virgen indefensa los ojos sangrientos del sátiro. Y se hubiera oprimido vuestro corazon porque en aquellos se reflejaba un delirio fu-

rioso, una pasión inhumana.

No había medio de escapar; las manos de Compans estaban crispadas sobre el vestido de la niña; cada uno de sus dedos había hecho un agujero en la ligera tela.

El Duque cobraba aliento con una especie de precipitación, apresurando sus aspiraciones, llamando á sí sus perdidas fuerzas, intentando á cada momento enderezarse, y volviendo siempre á caer sobre la alfombra.

También Santa cobraba aliento; su gracioso semblante espresaba un terror mortal. Estaba medio incorporada, apoyándose sobre sus manos: su garganta temblaba estremecida; sus hermosos cabellos rubios, caían desatados y en el mayor desorden sobre sus hombros y su espalda. Sus grandes ojos desencajados, estaban fijos en el Duque, cuya mirada amenazante producía en ella una verdadera fascinación.

El terror dilataba su nariz, arqueaba sus cejas, é inflamaba sus labios ajitados... Y estaba con todo hermosa, oh! demasiado hermosa. El Duque al contemplarla, sentíase apasionado hasta el transporte; la sangre le bullía en las venas, y era cosa horrible ver sus miembros, estremecidos convulsivamente y como galvanizados por fuertes sacudimientos, esforzarse incesantemente retorciéndose pa-

ra dar á aquel drama funesto un desenlace odioso.

El Duque no podia levantarse. Sus esfuerzos le debilitaban mas y mas... Sus uñas desgarraban la alfombra al través del vestido desgarrado de Santa.

Pero iba muy pronto á recobrar su vigor. Aquel solo era un reposo de breves minutos.

Detras de la puerta, M. Burot y Madama Brunel observaban cuchicheando.

—No merecia esto la pena de fatigarse tanto! decia la camarista encogiéndose de hombros.

—En cuanto á eso, respondió Burot, no hay nunca placer sin pena... Pero es que está chusco con su peluca atravesada!

—Y sus cejas blancas! dijo madama Brunel, que acababa de aplicar el ojo á la cerradura.

—Y su pantorrilla izquierda, mirad, mirad! añadió Burot; se le ha bajado hasta el talon.

—Ah! dijo la camarista; es indudable: se va á quedar ahí!

—Está cachiporrado, dijo Burot en su gerigonza amorosa. Ella le hace contar los clavos como una intrepidilla... El hecho es que no hay placer sin pena!

Apartó á madama Brunel sin ceremonia, y aplicó á su vez el ojo á la cerradura.

—A fé mia, contiuvó con asombro, ella es lindísima como lo mas lindísimo!... Qué bien estaria detrás de un mostrador... Calla, calla! añadió dándose un golpecito sobre el muslo, hé aquí que el señor recobra sus fuerzas... se levanta... oh! á fé mia, que nos vamos á reir solemnemente!...

—Dejadme mirar un poco, señor Burot, dijo madama Brunel.

—De ninguna manera! replicó el perillan, el palco no tiene mas que un asiento... y esta es una primera representacion.

En efecto, el Duque habia logrado ponerse de rodillas. Ya no temblaba. La especie de parálisis que habia agarrotado sus miembros llegaba á su fin. En sus facciones se pintaba una espresion horrible de triunfo.

Sin soltar el vestido de Santa, inclinóse hácia adelante y colocó su rostro inflamado junto á la frente de la jóven.

Despues se enderezó, como para avanzar un poco mas.

En aquel momento supremo, una nube sombría pasó por los ojos de Santa. Una voz penetrante gritó en su interior anunciándola su derrota. Pero al mismo tiempo, todo su sér se sublevó. La imágen de Romeo pasó por

delante de su vista: la pobre niña sintióse fortalecida de repente.

Tal vez sin saberlo ella misma, sus labios murmuraron aquel nombre tutelar; y cuando el Duque se inclinaba ya victorioso, echóse ella hácia atrás con un movimiento agitado, y saltó, libre, dejando entre las manos de Compans un desgarron de su vestido...

El Duque lanzó un grito de rabia.

Antes que él pudiera levantarse, Santa se dirigió hácia la puerta, abrióla y pasó como un rayo entre Burot y Madama Brunel estupefactos.

Los dos dignísimos servidores se miraron con una espresion indefinible. Burot que era un tunante de los mas joviales, tenia sendas ganas de reir.

—Está cachiporrado! repitió este á media voz.

La habitacion en donde ellos se encontraban no estaba como el gabinete. Eran las dos de la tarde sobre poco mas ó menos. El sol penetraba en la pieza por un balcon enteramente abierto...

Santa se habia precipitado desde luego hácia este balcon. Su instinto la decia que el sol claro y brillante era ya una proteccion.

Seguramente que el Duque habia tenido hartas razones para colocar persianas en los balcones de su gabinete. Los hombres como él se detienen á la vista de un solo testigo: solo son atrevidos entre cortinas.

En cualquiera otra circunstancia, aquel balcon, que miraba á las traseras de muchas casas habitadas, hubiera bastado á proteger á Santa contra los ataques del Duque, porque podia haber miradas indiscretas tras de los cristales de aquellas; y es sin duda muy cruel para un par de Francia el ser acusado de raptó como un antiguo instituidor (1).

El Duque era prudente por naturaleza y su prudencia se aumentaba con los cuentos de Burot, que no habia dejado de decirle ya que su casita de recreo comenzaba á ser en el barrio el secreto de la comedia.

Habia quien cuchucbeaba en la vecindad, quien suponía haber escuchado quejas y gemidos, haciendo sobre el Duque y su casita de recreo los mas extravagantes comentarios... Y como nada de todo esto entra en los hábitos de un barrio conocido por sus cos-

(1) Director de una casa instituto de prostitucion. (N. del T.)

tumbres tolerantes y filosóficas, parece indudable que Burot fuese el inventor de estos rumores.

Habia llegado este á penetrar que M. Leon Duchesnel, secretario de embajada, é íntimo enemigo del Duque, vivia en la calle de Montaigne, y habia escogido, segun su espression, una de las primeras habitaciones por inspeccionar á su placer la casita de recreo.

El Duque iba á verse obligado nuevamente á trasladar á otra parte sus penates amorosos...

Entre tanto, comprendia la necesidad de conducirse con estremada circunspeccion, y obraba como se obra siempre en presencia de un enemigo. Esto era lo ordinario. Pero en aquel momento, el Duque estaba fuera de sí, porque la rabia le volvía loco. Nada habia que bastase á hacerle retroceder entonces.

Precipitóse arrojando espumarajos por la boca hasta la puerta en donde la camarista y Burot permanecian estupefactos.

—Asidla, dijo con voz entrecortada. Asegurala á la fuerza, Burot. Traedla, traedla! y si resiste!...

El Duque se interrumpió ahogado por la rabia.

—Pero, señor, dijo Burot, están llenas de gente las ventanas!

El Duque levantó su mano estremecida para golpearle.

—Miserable! exclamó, te digo que la traigas, de grado ó por fuerza!

Santa estaba subida sobre un balcon de vuelo que daba á los jardines de que ya hemos hablado. Miraba alrededor, como buscando un sér humano á quien pedir socorro.

Los jardines estaban desiertos.

Cuando ella levantaba ya los ojos para examinar las ventanas de enfrente, la voz ahogada del Duque fué á herir sus oídos, turbándola hasta el extremo de impedirla ver...

Volvióse hácia el interior de la habitacion, teniendo cuidado de conservarse siempre asida con las dos manos á los hierros del balcon.

Sin embargo, Burot no se apresuraba cosa mayor á obedecer las órdenes del Duque. Hacia grandes gestos, y señalaba las casas de la calle de Montaigne...

Madama Brunel apoyaba esta pantomima lo mejor que la era posible. Pero el Duque ni escuchaba ni oía nada.

La resistencia atizaba su furor. Ya no habia, en la turbacion desordenada de su cerebro, ni razon ni prudencia.

Repitió por tercera vez sus órdenes con

una blasfemia, y como Burot continuase dudoso, el Duque encontró fuerzas para rechazarle rudamente y dirijirse por sí mismo hacia el balcon.

Su paso vacilante, el estado en que le habia puesto la lucha, todo esto debia dar á cualquiera que le hubiese observado desde fuera, una idea completa de su embriaguez, de su locura, llevada al último extremo.

Adelantábase no obstante. Santa se hincó de rodillas y elevó al cielo sus manos juntas...

Desde lejos, aquella muger orando y aquel hombre que se encaminaba hacia ella amenazante y terrible, debian ofrecer la vista de una escena de melodrama representada á la luz del sol. Porque, tambien habia espectadores...

En el momento en que el Duque, apoyando una mano en el balcon, asia á Santa con la otra, para arrastrarla adentro, una salva atronadora de bravos confundidos con estrepitosas carcajadas resonó al otro extremo del jardin.

Alli daban palmadas con frenesi, silbaban y esclamaban á voz en grito: otra! otra!..... que se repita!

El Duque dejó caer sus brazos desfallecidos; su semblante inflamado palideció hasta

volverse livido... La razon volvía á su cerebro. Aquel sacudimiento acababa de poner fin á su pasagera locura. Habíase quedado inmóvil, fijo en el mismo lugar. Sus ojos estaban clavados en el suelo y no osaban levantarse.

Burot silboteaba dentro de la habitacion.

Madama Brunel repetia en todos los tonos:

—Bien lo habia yo dicho!... pero nunca se me quiere creer!...

Y en frente repetian sin tregua:

—Bravo! bravo! que se repita!

El Duque levantó al fin los ojos... Entonces distinguió en el balcon de enfrente, era el mismo donde Santa habia creído reconocer á Carlota, cinco ó seis hombres agrupados, en medio de los cuales se encontraba una muger.

Todos aquellos espectadores tenian anteojos de teatro: la muger se servia de un tubo de larga vista, y uno de los hombres que estaba en bata, el dueño de la casa sin duda, miraba á través de un telescopio montado sobre un eje.

Todo esto era de un efecto terrible. El Duque hubiera querido que le tragase la tierra.

.....
.....

Nuestros lectores no pueden haberse olvidado de un personage que representa un estimable papel en el prólogo de esta historia: M. Polypo, principal administrador de la casa del a'la Valois donde murió el Marqués Raoul de Maillepré, tutor de Oguah, el gran gefe, dueño, despues de Dios, de la hospedería del Salvage, amigo familiar de la policia, camarada de los rateros, y comerciante de los libritos obscenos, &c. &c. &c.

Fuerza es convenir en que este hombre enciclopédico era un personage de la mayor importancia. La suerte no habia dejado sin premio tantos merecimientos: Polypo habia hecho su negocio.

Con la ayuda de todos estos oficios, y unos cuantos mas, entre los cuales conviene no olvidar el de usurero, habia llegado á formarse un capital muy considerable.

Adquirido este capital, Polypo habia entendido el círculo de sus operaciones; habia hecho una suerte independiente para su muger que le incomodaba, porque tenia malísimos modales, como que habia sido criada de un meson en otro tiempo, y se habia lanzado ya á los cincuenta años en el carril dorado de nuestra vida fashionable.

La suerte que M. Polypo habia hecho para su muger, consistia, y sea dicho de paso, en

una agencia de matrimonios que la habia dado, bajo el nombre de madama Confianza, conocida por sesenta años de buen éxito.

Nuestra historia, casi lo esperamos de seguro, no dejara de tener por lectores á alguna pareja feliz salida de la agencia de madama Confianza, conocida al presente por setenta y dos años de buen éxito.

No vendia ya M. Polypo bagatelas ni libritos obscenos. Solo habia conservado el mejor resorte de su máquina: la usura. Se habia hecho capitalista en grande.

Los hombres de genio contrastan entre sí fatalmente. M. Polypo aplicaba á la medianía necesitada el sistema que Denisart queria aplicar á la miseria.

Dedicábase en particular al comercio menudo de París. Le escatimaba todas sus ganancias, y un poco de su capital, dejándole sus pérdidas, porque es menester que todo el mundo viva.

En lo moral, M. Polypo habia cambiado poco en siete años; sin embargo, no era ya como antes exclusivamente avaro: cuandollegaba la ocasion sabia echar la casa por la ventana, con la poca aprension de un hombre á quien el oro no cuesta nada, nada mas que unas cuantas gotas de la sangre de su prójimo.

En lo físico, era como siempre una nariz triunfante y móvil, espresiva, sentimental, interesante, digna, considerable... porque la nariz era la única faccion distinta de aquel rostro emborronado, pero una faccion que valía por sí sola toda una fisonomía.

M. Polypo vestía bastante mal, como todas las personas que hacen rava: esta circunstancia le daba cierto aire de diputado. Porque es preciso tener en cuenta que Polypo estaba condecorado...

Y este era el hombre con cuya proteccion contaba Duchesnel para arribar á la cámara.

Fuerza es decir que el protector estaba bien elegido. Qué recurso mas á propósito se podia encontrar para adquirirse votos, que el de poner á los electores el protesto á la garganta!...

M. Polypo habia sido presentado á Carlota.

Desgraciadamente, Duchesnel no habia logrado hacer que esta le tratase con familiaridad.

Carlota habia encontrado desde luego á M. Polypo estraordinariamente ridiculo. Vivaz, franca, aturdida hasta el extremo, Carlota no sabia ocultar sus impresiones.

M. Polypo no pudo equivocarse; debió quedar medianamente satisfecho de su acojida.

Pero M. Polypo no era hombre que se pagaba del tin tin del oro, ó del humo de las pajas. Habia encontrado á Carlota encantadora. El ajuste estaba hecho, pero con una condicion.

Pero qué recurso emplear para decidir á Carlota?...

Esta grave cuestion, fue asunto, la víspera del rapto de Santa, de una conversacion formal entre Duchesnel y el escelente Durandin.

—Amigo mio, dijo el procurador, tu muger no marcha... estamos perdiendo el tiempo...

Duchesnel, á pesar de su gran deseo de conquistar á M. Polypo, sintió un movimiento de orgullosa alegría, pensando en la virtud de su muger.

—Es una diablura! replicó el secretario de embajada; pero ya te lo habia yo dicho! Carlota es la prudencia misma.

Durandin gustaba mucho de dar vueltas á sus pulgares. Esto no era en él una pasion violenta, pero sí una aficion muy pronuciada. Al oir a Duchesnel, comenzó, pues, á dar vueltas á sus pulgares, dejó ver la cándida sonrisa que florecia siempre en sus labios, hasta desparramarse por sus mejillas y alzó sus redondos ojos hasta fijarlos en su amigo.

—Leoncito mio, dijo, tú eres como esas buenas mugeres que tendrían mucho gusto en ver á su hijo coronel, pero que no quieren dejarle entrar en la milicia... Quien quiere el fin, quiere los medios... Siento en verdad verte tan satisfecho de una circunstancia que te cierra el camino.

Permaneció Duchesnel un momento sin responder, y encogióse de hombros con aire de mal humor.

—Eso es verdad, murmuró despues; pero, qué hacer?.... yo no me tengo por un imbecil...

—Míralo bien, interrumpió Durandin con acento paternal.

—En cuanto á precauciones, repuso Duchesnel, son pocas las que tengo... Pero conozco que me costaría trabajo curarme de esta flaqueza .. es tan bellísima Carlota!...

—Ah! mejor! dijo Durandin, es una muger encantadora... Además Polypo ha picado en el anzuelo... es preciso ver!... Pero no es esto todo...

—Cómo nos compondremos? dijo Duchesnel, en cuyo rostro se pintaba completamente su vanidad de marido.

Durandin daba vueltas á sus pulgares, haciendo á la par sus observaciones.

—Escucha, pues, querido mio, repuso es-

te con la mayor bondad; es preciso que seamos justos... tú estás orgulloso de tu muger, porque se ha burlado graciosamente de M. Polypo... Ciertamente que no hay razon para ello... Y cuando pienso en este asunto, no puedo menos de convenir en que para un marido de tus circunstancias, que ama á su muger, y que no quiere sin embargo privarse de ciertas ventajas... para un marido como tú, M. Polypo es un hombre que no tiene precio... Á mi modo de ver, su nariz es un antidoto contra los celos... Tú ya has pensado en esto... apostaria á que sí, porque al fin eres diplomático...

Y era cierto. Duchesnel se habia hecho esta reflexion, y habia encontrado en ella un verdadero consuelo. Pero en aquel momento, el recuerdo de la entrevista de M. Polypo con Carlota estaba muy reciente. El contraste del vicio feo y la pureza encantadora estaba muy presente en su imaginacion. Duchesnel se hallaba seguramente inquieto, y casi arrepentido.

—Pobre niña! murmuró con un fuerte suspiro.

Durandin bajó los ojos, y dió vueltas mas vivas á sus pulgares.

—Ah! dijo, amigo mio, ya sabes que yo tengo muchísimos negocios... Deberia encontrar-

me en este instante en casa del Marqués, cuya posición comienza á embrollarse... Si sigues haciéndote el chiquillo, buenas noches... Adora á tu muger, y vete á acostar.

Duchesnel se pasó el envés de la mano por la frente, y levantóse para dar una vuelta por la habitación.

—Se fué ya? repuso Durandin. Eres ya hombre?

Detúvose Duchesnel en frente del procurador, y permaneció un instante silencioso con los brazos cruzados sobre el pecho.

Durandin le dirigió una de sus miradas mas benévolas.

—Ea! dijo Duchesnel volviendo á sentarse, ya veo que tienes un medio que darme... Acabemos pronto!

—Y me prometes tú emplear ese medio? preguntó Durandin.

—Si es bueno... comenzó á decir Duchesnel.

—Escelente, interrumpió Durandin.

—Pero es preciso saber...

—Le emplearás?... sí, ó no.

Duchesnel no vaciló mucho tiempo.

—Si es bueno, yo te prometo emplear el medio que me propones... Cuál es?

—Es, respondió Durandin con cierto énfasis, que contrastaba mucho con sus há-

bitos, es madama Batilde de San Faramundo.

Duchesnel dejó escapar un gesto de repulsion enérgica.

Este desventurado diplomático se encontraba en una posición violenta. Estaba metido en un círculo vicioso del que le era imposible salir. Quería seguramente vender á su muger, pero hubiera querido al mismo tiempo conservarla. Vacilaba, á la manera de esos asesinos, que sienten el corazón un poco ajitado al desleir el veneno.

—Madama de San Faramundo! dijo en voz baja; una muger perdida!...

—Amigo mio, replicó Durandin, puedes tú creer que una muger honrada daría á tu muger el consejo de admitir á M. Polypo?...

Duchesnel guardó silencio; se hallaba algo embarazado.

—No hay otro medio mejor, repuso Durandin; es preciso volverla prontamente, acabar de un golpe... Las elecciones se aproximan... Conviene que M. Polypo esté en disposición de trabajar muy pronto... Y en cuanto á mí, puedo decirte que para deshacer y reducir á polvo ese cálculo de virtud que se forma en el fondo del corazón de ciertas mugeres, no conozco ninguna máquina de la fuerza de madama de San Faramundo.

Duchesnel tenia las cejas arrugadas.

—En mi casa! murmuró de nuevo, una muger semejante!

—Batilde alterna con la sociedad mas escogida, exclamó Durandin... A muchos hace hombres. Ella podria presentarte á una docena de príncipes... rusos ó polacos... Desde luego te pondrá en relaciones con un mundo que no conoces bastante; te pondrá en contacto con la flor y la nata de nuestra aristocracia moderna... Prunot, excelente caballero, sobrino del Duque de Farsalia... J. B. S. T. Sanguin, representante de una de nuestras mas ricas industrias... Arsenio de Montiermeil, que hubiera podido ser de San Gervasio... En fin, el joven y encantador Feliciano Capitales, que justamente es deudo y heredero de M. Polypo.

—Pero recibir á esa muger! volvió a murmurar Duchesnel.

—Pero, hombre, tú te chancas!... respondió Durandin seriamente escandalizado; esa muger es condesa, hijo mio, condesa y no de morondanga... mas condesa que tú vizconde.

Duchesnel se encogió de hombros.

—No hay que tomar ese aire de escéptico, continuó Durandin; yo soy su procurador y sé toda su historia... Es hija de una frutera de la plaza de San Martin... No te rias; ahora ve-

rás!... Era hermosa como un ángel... Un elevado personaje del arrabal de Saint-Honoré la tomó por dama... La frutera, según parece, la había dado alguna tintura de las maneras del gran mundo. Siendo ella dama del dicho personaje, el joven Conde Armando de B..., no pondrás en duda la nobleza de este señor; se enamoró de Batilde... Esta se mostró mas ó menos sensible á su amor; pero lo que ella necesitaba era fortuna, y el Conde Armando era pobre. Ella aguardó. Hay mujeres que nacen para loretas, ya puedes conocerlo, Batilde era encantadora! Presentáronsele muchos partidos. Ella continuó aguardando. El Conde, entretanto, estaba afectado del pecho; veíase morir lentamente, y decia á Batilde que solo su amor podria volverle la vida... Batilde vaciló mucho tiempo; vaciló tanto tiempo que el pobre Conde, ya en el último periodo de su vida, no tuvo fuerzas para salir, y permaneció encerrado en su modesto domicilio.

Un dia vió llegar á Batilde... Esto fué para él como si el cielo se le abriera... Ella iba á llevarle la vida y la felicidad, iba á ofrecerle su mano... Qué te parece á ti eso?...

—Segun y conforme, respondió Duchesnel.

—Toma!...

—Si no habia en ello alguna trampa ocul-

ta... me parece muy bien.

—Quita allá! exclamó Durandin; Batilde no descende jamás... hé aquí todo lo que había en el asunto.

—Y no hay ninguna esperanza de salvarle?

Hizo un gesto desdeñoso y continuó:

—Alguna trampa oculta!... Se trata acaso de una griseta, ó de la hija de un boticario?... bien se vé que tú no conoces á Batilde!... Esta no debia debutar de ningun modo con una derrota, sabe muy bien sentar el pié, y en tierra firme... Cuando ella resbala, es porque ha querido resbalar!... Nada de eso, nada de eso! era pura entonces, pura como el cordelillo recién nacido...

—Entonces, dijo Duchesnel, se conducia como muger de corazon.

—Seguramente, seguramente! exclamó Durandin, que hizo dar vueltas á sus pulgares con una celeridad extraordinaria. Seguramente, amigo mio, y como muger de talento... Me alegro que al fin la hagas justicia... Figúrate que antes de dirigirse á la casa del enfermo habia estado en la de su médico, á quien habia dicho con su voz dulcísima:

—Doctor, cuántos dias puede vivir aun el Conde?...

—Ocho dias, respondió el médico.

—Dios mio! no, señora...

—Ni aun por un milagro?...

—Señora, ya no hay milagros... M. el Conde es hombre muerto...

Inmediatamente despues de esta conversacion fué cuando se presentó á ofrecer su blanca mano al enfermo...

—Ah! diablo, dijo Duchesnel, yo creia que el Conde no era rico.

—No tenia ni un óbolo; pero, escucha!... esto se asemeja un poco, salvo el móvil, al matrimonio in extremis de nuestra querida Baronesa de Roye.... Consumada la ceremonia nupcial, el Conde se murió como quiso, y Batilde, dejando á su protectora, fué á establecerse á una soberbia casa del barrio Bredda... Esto causó muchísimo ruido. Durante algun tiempo solo se habló de la encantadora Condesa que contaba diez y ocho años, y que ponía su corazon á pública subasta, ocultándose bajo el nombre de San Faramundo...

—Oh! oh! dijo Duchesnel con cierto tono de aprecio; esa es una combinacion!.....

—Batilde ganó cincuenta mil escudos desde el primer año, repuso Durandin; al presente posee ochenta mil libras de renta inscriptas como Dios manda en el gran libro de

la deuda pública...

—Diantre! dijo Duchesnel.

—Ya ves, continuó Durandin, que Batilde se halla en estado de dar lecciones.

Duchesnel parecia reflexivo y meditabundo.

Durandin se levantó.

—Ea! vamos pronto! dijo el buen procurador; vestíos, y vamos á casa de Batilde. Es una buena muchacha..... Si consigues agradarla, vendrá al almuerzo que das mañana...

—El almuerzo que doy yo?... balbuceó Duchesnel.

—Sin duda... el almuerzo que das á Capitales, al Baron Prunot, á Sanguin, á todos esos caballeritos... Esto es indispensable... Batilde no puede de ningun modo venir sola...

Se vistió Duchesnel para ir á buscar á la loreta que habia sabido adquirir ochenta mil libras de renta, y que debia dar lecciones á su muger.

El desayuno.

Duchesnel habia tomado definitivamente su partido. Se habia casado con un solo fin; fuerza era que este fin se consiguiese á cualquier precio. Qué importaba aquel aturdimiento amoroso que habia venido á atravesarse imprudentemente en el camino de sus designios?...

Carlota era hermosa; tanto mejor; por eso la habia elegido para esposa... Por lo demas, ya se sabe que él no habia adquirido aquella beldad por sí y para sí mismo; aquella beldad era un instrumento, un resorte, un medio. Duchesnel, despues de recobrar

su prudencia, se reprochaba el haberse casi comido su mies en verde, como Panurgo. Poseía una barra de oro. Y se había divertido por mucho tiempo en contemplarla, en lugar de convertirla en moneda y dedicarla á seguras especulaciones... Esto era despilfarrar locamente un buen capital!

Por fortuna, aun era tiempo. Con la ayuda del escelente Durandin, podían recobrarse las horas perdidas. Solo se necesitaba un pequeño esfuerzo para vencer las primeras náuseas, y apurar el cáliz de un solo trago.

Ah! y la pobre Carlota no recelaba siquiera la horrible conspiracion urdida contra ella. Amaba á su marido, y tenia confianza en él.

A la mañana siguiente al dia en que Duchesnel se había hecho presentar en casa de madama Batilde de San Faramundo, Carlota se levantó de madrugada y bien dichosa por cierto. Por la primera vez, iba á ver el mundo. Su marido iba á cesar al fin de ocultarla á los ojos de todos como una carga vergonzosa.

Ella iba á adornarse, á cumplir su mision de ama de casa y á presidir un brillante almuerzo; ella, que la mayor parte del tiempo lo pasaba esperando en valde á su ma-

rído sentada á su mesa solitaria.

Estaba muy contenta, pero temerosa al mismo tiempo, porque todo lo ignoraba. Los usos del mundo le eran desconocidos. En aquel momento se hacían sentir las consecuencias de la soledad; á pesar de su resuelta vivacidad, Carlota estaba tímida sobre manera, y se sonrojaba á la sola idea de tener que hacer los honores de la mesa á unos extraños... Pero también se sonreía dulcemente. Ella era sin duda la mujer á quien Santa había visto sonreír al sol naciente, desde las persianas de su prision...

Carlota se hallaba dividida entre dos sentimientos: una especie de terror infantil, y las dulces esperanzas de su inocente coquetería. Aquel era para ella un hermoso día, que se deslizaba de improviso por entre la silenciosa monotonía de su existencia...

El título de secretario de embajada es un brillante adorno para un lion. Es una cualidad fashionable, al decir de los artículos periodísticos que hablan de Hamburgo y de Baden.

Feliciano Captales y sus ilustres amigos se mostraron contentísimos al saber que iban á hacer conocimiento con Duchesnel.

En cuanto á madama Batilde de San Faramundo, concurría á todos los convites que se la presentaban, siempre á la ventura y sin eleccion. Era una muger encantadora, que habia sido muy espiritual, pero que estaba ya como descorazonada por su profesion. Era, en fin, loreta hasta en el fondo del alma. Es decir, un sér múltiple, compuesto de la hija del pueblo y de la gran señora, de la griseta vulgar y de la literata pedante. Un ser estravagante y raro; hibrido, petulante, vago, inconsecuente, gracioso, audaz, adorable hasta los veintidos años, horrible y odioso desde los treinta.

A la hora señalada, madama Batilde de San Faramundo, escoltada por sus caballeros, hizo su entrada en la casa de la calle Montaigne.

Duchesnel habia preparado á Carlota la noche antes. Habia mentido mucho sin duda, porque Carlota recibió á la loreta con una turbacion que se parecia bastante al respeto.

Es de creer que, despues de lo que la habia dicho su marido, ella pensase que iba á habérselas con una dama de alto rango, ó por lo menos con una muger del gran mundo.

Sentáronse á la mesa los convidados. El

banquete estuvo algo frio desde luego. A pesar del gracejo natural con que Carlota trataba de hacer los honores, la frialdad continuó sin interrupcion.

Durandin y Duchesnel procuraban prodigar todos los recursos que les sugeria su entendimiento; Feliciano Capitaes, J. B. S. T. Sanguin, el baron Prunot y el mismo Arsenio de Montfermeil se mantenian circunspectos, acompasados, indecisos y casi mudos.

Evidentemente aquellos satélites oscuros aguardaban la señal de la loreta, que era su astro.

Esta se entretenia en observar á Carlota que se sonrojaba al sentir su mirada persistente.

Madama Batilde de San Faramundo poseia esa belleza que agrada á los hombres, como dicen las antiguas actrices; su talle era elegante y perfecto, en su rostro se distinguian facciones regularísimas, aunque un poco pronunciadas. Se hubiera podido exigir algo mas de espresion en sus grandes ojos, dominados por el arco aguileño de sus hermosas cejas. Sus labios un si es no es descoloridos, dejaban escapar frecuentes risas. Cuando aquella boca no reia, dejaba ver como una espresion triste... Sobre su frente,

bastante estrecha, se estendian los bucles abundantes de unos cabellos negros, dispuestos en forma de diadema.

Sus enemigos, decian que Batilde habia pasado ya de los treinta años. Pero las loretas que disfrutaban ochenta mil libras de renta, á mas de los emolumentos de su oficio, eluden siempre el término fatal que hemos prefijado no hace mucho.

Batilde miraba á Carlota, y un vago interés parecia pintarse poco á poco en sus facciones displicentes. Sabia ella ya el motivo de su presencia en la casa de Duchesnel? Dolíase tal vez de la pobre niña, para quien se ocultaba un abismo en el fondo del asilo conyugal?...

—Y bien! condesa, dijo Durandin, dirigiéndose á ella en derechura, no estais viendo que vuestro silencio nos vuelve tristes?

Inmediatamente Batilde soltó una carcajada como si se hubieran dilatado de improviso los músculos de sus mandíbulas.

Como ya sabemos, risas de muger, nada quieren decir absolutamente; mucho menos las de una loreta. Estas risas no son mas que una manera de responder á lo que no se ha comprendido: son un recurso para aparentar una alegría que no se tiene; son en fin un medio para mostrar la dentadura, si es

bonita..... Batilde tenia bonitísima dentadura.

Despues de haberse reido á su sabor, levantó su vaso y apuróle alegremente. Luego habló de muchas cosas con una volubilidad que no dejaba de tener sus encantos: toda su conversacion se reducía á frases compuestas siempre ad hoc, lugares comunes, naderias aprendidas de memoria. Pero todo estaba dicho con gracia, con ligereza y con esquisito gusto. Los que solo la escuchasen una vez, debían mirarla como una habladora verbosa y afluyente. Y, ved el efecto que produce un nombre en boga sobre esa gente rutinera que gasta guantes amarillos y desgasta sus botas charoladas frotando el asfalto del boulevard de Gand! Feliciano Capitales y sus nobles amigos que oían hablar á la loreta todos los dias, no podían cansarse nunca de escucharla.

Batilde era una muger á la moda. Era la reina de las loretas; la loreta única, esa loreta que aparece cada cien años, que se llama Delorme, Lenclos, Duthé y cuyo efimero triunfo oscurece á su paso á las duquesas, á las embajadoras y á las bailarinas.

Fuerza es adorarlas cuando uno es Capitales. Cada palabra que brotan sus labios, es una cosa divina para un J. B. S. T. Sanguin,

va proceda de la casa Sanguin y Coquart de Lyon ó de otra cualquier tienda...

Cuando hablaba, Madama de San Faramundo bebía con mucha frecuencia, no esos sorbitos imponderables que apagan de ordinario la sed femenil, sino tragos de lion que turbarían la cabeza de un gendarme. Cuanto mas bebía, mas hablaba y viceversa.

Batilde, pues, comenzó á charlar y... aquello era un paloteo, un redoble.. un diluvio de palabras.

Carlota asombrada, la observaba á su vez. Como ignoraba la pobre niña los usos del mundo, era fácil que creyese que en aquello consistía la elegancia de sociedad. Pero sus instintos de dignidad y delicadeza se rebelaban contra aquella locuacidad osada, contra aquellos modales desenvueltos, que casi picaban en descarados.

Carlota guardaba silencio, interrogando á su marido con los ojos, á su marido que aplaudía con el gesto, y la respondía con sonrisas que querían decir: Admirad!

Durandin no habia vuelto á tener necesidad de reprochar á Batilde por su silencio. No bebía tanto como ella, pero bebía bastante como un procurador prudente que disfruta de un estómago de filósofo. Su ancho y bondadoso semblante se esponjaba deliciosamente, y entre

plato y plato, Durandin gozaba el placer de dar vueltas á sus pulgares, lo cual era el complemento de su felicidad.

Feliciano Capitaless hacia desesperados esfuerzos por decir cosas buenas y agradables. Sanguin comenzaba á tratar de sedería. Montfermeil, el célebre dentista, atacaba indirectamente la reputacion de Desirabodo. El Baron Prunot, fragmento cascajoso del imperio, relataba las guerras de Napoleon, esas guerras que él habia leído en las Victorias y Conquistas, y retorcia su bigote al referir como la ilustre espada de su buen tio habia ganado la batalla de Farsalia. Pero cada uno de estos señores tenia un oído abierto para escuchar á la loreta que hablaba de bailes, conciertos, esgrima, modas, teatros, pasteles de Strasburgo, niñas coronadas, diputados entretenidos, cuadros, caballos, quintas, cofrecitos, literatura, y diplomacia.

Esto era divino.

Solo al verla elevar su vaso, hubiérais comprendido el entusiasmo de Capitaless.

Carlota estaba aturdida y como estupefacta. El vocabulario de madama de San Faramundo, abundaba en voces atrevidas que disonaban al oído de la jóven.

Esta, no siempre comprendia. Pero adivinaba alguna vez, y se sentia confusa.

Llegó á ser á los postres tan profundamente escéntrica la elocuencia de madama de San Faramundo, que el asombro de Carlota comenzó á convertirse en fastidio, despues en disgusto.

Ya no osaba levantar los ojos.

Al dejar los manteles, se deslizó de entre la reunion. Solo su marido se apercibió de aquella ausencia.

Durandin se hallaba ya en ese estado de beatitud infinita, en que caen despues de la comida los gordos que tienen un estómago escelente.

En cuanto á Capitales y comparsa, todos rodeaban á madama de San Faramundo, que en aquel momento encendia un cigarro.

Habia tenido Duchesnel desde luego el pensamiento de hacer volver á Carlota, pero le habia faltado valor...

Entonces se hallaban tomando el café, en el salon, cuyos balcones se abrian sobre un magnífico mirador que dominaba los jardines, á cuyo extremo opuesto se elevaba la casita de recreo del Duque de Compans.

Carlota no parecia. La reunion se componia ya de hombres solamente. La conversacion se iba haciendo cada vez mas alegre y estrepitosa.

La loreta fumaba, como solian fumar to-

davia los líones en 1833, orgullosamente y con el convencimiento íntimo de estar haciendo una cosa heroica.

Los convidados seguían su ejemplo, y Duchesnel, que sentía en su alma un fondo de amarga tristeza, llegó á atolondrarse también.

—Aquí teneis hermosísimas vistas, señor Vizconde, dijo Capitales que comenzaba ya á sentir agotado su caudal de ocurrencias encantadoras.

—Aquel pabellon, añadió Montfermeil, hace un efecto magnífico.

—Aquel pabellon es una dependencia del palacio de cierto Par de Francia, replicó Duchesnel.

—No veo el palacio, dijo la loreta.

—Ah! el palacio está muy lejos de aquí, respondió Duchesnel. Ese pabellon es un templo en miniatura dedicado al Amor, en el que hace sus sacrificios un duque que todos conocéis.

—Qué duque es ese? preguntaron á coro los convidados.

—Creo, caballero, dijo Prunot con severidad, que no tratais de referiros al Duque de Farsalia, mi tío!...

—No tengo el honor de... comenzó á murmurar Duchesnel, haciendo una inclinacion de cabeza con aire un si es no es desdeñoso.

Despues añadió, dirigiéndose á la asamblea.

—Estas son sin duda habladurías; pero todo el barrio supone que ese pabellon es la casita de recreo de M. el Duque de Compans-Maillepré.

Todos los concurrentes conocian mas ó menos al Duque.

—Ah! bah! comenzó á decir Montfermeil, en algun tiempo le he arrancado...

Interrumpióse inmediatamente y se mordió los labios.

—Una muela, concluyó Capitales.

Esto hizo reir muchísimo á J. B. S. T. Sanguin.

—Yo creia, dijo la loreta, que M. el Duque de Compans-Maillepré recibia en el Marais.

En su género, esta era tambien una cándida simpleza; pero madama de San Faramundo no se mordió los labios. Ella habia hecho cosas mas dignas que Montfermeil, no habia arrancado muelas, y no tenia por qué callar.

Sin duda habia hecho algunas visitas al antiguo palacio de Maillepré, en el tiempo en que M. el Duque tenia alli su casita de recreo.

Entretanto, todos los concurrentes habian pasado al mirador, para ver mas de cerca la

casita del Duque.

Esto sucedía casi en el mismo momento en que el viejo galanteador perdía la respiración siguiendo á Santa en su desesperada fuga.

La habitación en que se hallaban madama Brunel y Burot mirando por el agujero de la cerradura, estaba frente por frente del mirador.

El sol bañaba esta pieza penetrando por el balcon enteramente abierto. Las miradas de los convidados podían, á pesar de la distancia, alcanzar hasta los dignos servidores del Duque, y aun distinguir su manejo.

—Yo creo columbrar alguna cosa en el fondo de la habitación, dijo la loreta. Bueno fuera que se nos presentase un espectáculo!...

Todos los cuellos se extendieron hácia adelante, todos los lentes se colocaron en guardia.

—Ah! diablo! sí, diablo, 'sí! dijo Capitales; en efecto allí hay alguna cosa... Si tuviera yo aquí mis gemelos de la Opera!...

—Ese no es un obstáculo, respondió Duchesnel, podemos proveernos todos de anteojos.

Duchesnel estaba de un humor detestable, y quería mucho al Duque de Compans. Por

otra parte, su cabeza estaba acalorada. La idea de preparar un escándalo le sonreía sobre manera.

No sonreía menos esta idea á los demas convidados que entraron alegremente en el salón, prometiéndose una buena comedia.

Madama de San Faramundo sobre todo estaba contentísima, como si nunca hubiera visto nada parecido....

Entretanto, Duchesnel buscó todos los anteojos que habia en su casa, y volvió inmediatamente con su botin, que consistia en tres lentes de teatro, y un tubo de larga vista metido en su estuche. Detrás de él venia un criado acercando gravemente un enorme telescopio, montado en su eje.

Este instrumento fué saludado por unánimes aclamaciones.

El doméstico le colocó en medio del balcon, asentóle sobre el barandal, y se retiró.

Duchesnel moderó con un gesto el ruido que hacian á su alrededor los concurrentes.

—Guardemos silencio, dijo, porque sino cerrarán la ventana.

Esta prudente advertencia produjo un efecto mágico. Todos volvieron á salir al balcon, y cada uno cuidó de asestar su antejo al pun-

to de mira.

Sin duda era un espectáculo singular el que ofrecían todos aquellos señores reunidos en un balcon, teniendo cada uno en la mano un instrumento de óptica, asestado sin mas ceremonias á la casa de un vecino. Parecíase algo aquel tropel á esas reuniones de astrómos profanos que se citan para observar en comunidad, con la ayuda de telescopios improvisados, un eclipse de sol anunciado en el almanaque.

Todos miraban sin hacer el menor ruido. Desde luego vieron distintamente á Burot y á madama Brunel. La loreta adivinó inmediatamente cual era su ocupacion.

--Los perillanes son tan curiosos como nosotros, dijo ella, pero están mejor situados.

Los cuatro caballeros admiraron el ingenio sutil de su reina.

Pasóse un minuto durante el cual no se vió nada de nuevo.

Durandin, que era un hombre discreto, no tomaba seguramente parte en la curiosidad de los demas. Manteníase medio oculto tras de sus compañeros, y miraba, solo con sus ojos, y sin dejarse ver.

Madama de San Faramundo se servia del tubo de larga vista. Capitales, con una galanteria que recordaba enérgicamente los

tiempos de caballería, habia doblado una rodilla delante de ella, y presentaba su hombro para que la sirviera de punto de apoyo.

Todos miraban con la mayor atencion. Pero la atencion se iba fatigando. Ya estaban tal vez dispuestos á abandonar aquel pasatiempo, cuando en el mismo instante una joven, abriéndose paso entre Burot y madama Brunel, atravesó la habitacion, y fué á apoyarse hijadeando sobre los hierros del balcon.

La comedia ofrecida daba principio.

—Es que es encantadora! dijo madama de San Faramundo.

—Encantadora, repitieron todos.

Todos menos Capitaes, que dijo volviéndose hácia la loreta:

—No es tan hermosa como vos!

—Silencio! dijo Duchesnel; vamos á escitar su atencion.

Todos callaron de nuevo.

Callaron hasta el momento en que el Duque vacilando llegó á poner la mano sobre Santa que estaba de rodillas. Pero entonces la esplosion, por lo mismo que habia estado sofocada tanto tiempo, estalló mas estrepitosa.

Duchesnel mismo dió la señal con una ale-

gria mal intencionada.

Todos prorrumpieron en silbidos, en carcajadas, en bravos, y en gritos de toda especie.

El bajo militar del Baron Prunot se confundia con el barítono de Capitales y con las notas sobreagudas que constituyen la voz de una loreta.

Durandin se habia entrado en el salon, y daba vueltas á sus pulgares, tendido en un sofá y riéndose con toda su alma.

En el balcon, los silbidos, las carcajadas y los bravos se redoblaban mas y mas en vez de extinguirse.

Duchessel era el que mas gritaba.

La algazara continuó hasta el momento en que el Duque, desfallecido por el esfuerzo terrible que acababa de hacer, agoviado por la vergüenza de aquella rechifla pública que se veia obligado á soportar, vaciló quedándose mas descolorido que un cadáver y cayó entre los brazos de sus dignos servidores.

La representacion se habia concluido. La loreta dijo bostezando:

—Esto no es un desenlace.

Despues dió licencia á Capitales para que se levantara, y encendió tranquilamente su cigarro.

En tanto que M. el Duque recibia tan fu-

rioso golpe de maza sobre la cabeza, alcanzaba por otra parte algunas ventajillas.

Los criados de M. el Marqués de Maillepré no habian visto nunca tantos visitantes desconocidos asediando las puertas de su amo, como desde su última desaparicion.

Habian ido desde luego Romeo y Nazario, que como ya hemos dicho se relevaban alternativamente en su antecámara: despues se habia presentado tambien M. Williams.

Denisart habia aparecido el dia antes. No habrán olvidado nuestros lectores que el ilustre escritor habia prometido á M. el Duque darle buena cuenta de cierta cartera encarnada que debia hallarse en poder del Marquesito.

Denisart habia ido, pues, á olfatear, á examinar, á reconocer. Y habia encontrado en la antecámara á Romeo que hacia su centinela.

Denisart y Romeo no se conocian. El escultor esperaba, con un libro en la mano, buscando un poco de paciencia en su lectura.

Denisart se paseaba á lo largo de la habitacion. La ausencia del Marqués era ya para él una circunstancia favorable, que le permitia investigar mas cómodamente, y que le daba el tiempo necesario para reconocer el terreno.

Registraba Denisart con los ojos todos los objetos. A pesar de sus buenos deseos, no tuvo valor para abrir los picaportes de las puertas, pero sacó su cabeza por fuera de la ventana y se hizo cargo de la disposicion de la casa.

Despues se retiró, diciendo que volvería al dia siguiente.

Un hombre le aguardaba en medio de la calle. Era un gordinflon, de rostro inocente y sonrosado, cuyas facciones no nos son ya desconocidas.

Si hacemos memoria, nos acordaremos de haber admirado su cándida sonrisa en los talleres de MM. Rohrbarch y Malfus, entre el intrépido Poiret y el escéptico Cachard álias el *Solapado*.

En fin, era nada menos que el honrado Pedro Worms, llamado el Rorro, que, en un momento de distraccion, se habia echado en el bolsillo los dos billetes de á mil francos, pertenecientes á M. Potel.

Si causa admiracion al lector el encontrar á un personage de la importancia de Denisart, filántropo y antiguo profesor, en estrechas relaciones con hombres como Pedro Worms, le recordaremos que Denisart era el amigo del pueblo, que abrigaba para con los seres desgraciados esa ternura común á todos los es-

plotadores de reforma; y últimamente, que él no era orgulloso, y que, por otra parte, no existe amigo tan despreciable de quien no puede sacar partido un hombre hábil, cuando llega la ocasión.

A mas de esto, todos los Denisart se ocupan un poco siempre de la suerte de los trabajadores. Este es un medio para chupar la sangre del pobre, que paga casi del todo las adulaciones ilustradas y el fanatismo social por entregas.

Denisart habia dado ocupacion á Pedro Worms, y estos dos buenos corazones se habian comprendido casi al mismo tiempo.

Pedro Worms se hallaba sin trabajo desde el dia del robo intentado contra M. Potel. Denisart no ignoraba que el bravo alsaciano poseía otros talentos ademas del de gravador. Por lo tanto se habia alegrado mucho de encontrarle en aquella ocasión, y no estaba el Rorro menos contento de haber hallado medios de utilizar sus ocios.

—Y pien! dijo el alsaciano, al reunirse con Denisart.

Este le condujo bajo los arcos del Garde-Meuble, y le contó cuanto habia observado.

—Yo hubiera sapito doto esdo bor mí solo, dijo el alsaciano. Y tesbues, gue mas, señor

Tenisard?...

Pedro Worms decia todo esto con su voz lenta y placentera. Los que pasaban al mismo tiempo por las galerías, debían decirse viendo aquella excelente fisonomía, al lado de la cabeza patibularia del pedante: Hé aquí un buen hombre de provincia, que tiene malísimos conocimientos!...

Larga fué la conversacion de entrambos. Denisart describió la cartera encarnada siguiendo todas las indicaciones de M. de Compans. Se establecieron las bases de aquel ajuste. Pedro Worms recibió algun dinero para comprar los menudos utensilios que son menester para una expedicion de este género, y los dos acólitos se separaron en mejor armonía.

A la mañana siguiente, el mismo dia que se siguió al rapto de Santa, Pedro Worms, álias el Rorro, fué quien se presentó á su turno en casa de M. el Marqués de Maillepré.

Habíase vestido con el traje de un honrado artesano en el dia de fiesta. Hubiera sido preciso ser un veterano de la policia para concebir una sombra de desconfianza contra aquella facha excelente y benigna.

Pidió permiso para aguardar al Marqués. Tantos habian hecho lo mismo durante algu-

nos dias, que los criados le introdujeron sin dificultad en la antecámara.

Alli se encontraba Nazario que, echado sobre su banco, dormia con la profundidad del primer sueño.

No se despertó á la entrada de Worms.

Este le reconoció perfectamente, y un asombro mezclado de terror se pintó en su ancha fisonomía.

—Tiaplo! tiaplo! murmuró el buen Rorro, el señor Tracon!... tiaplo....

Sentóse despues á un extremo del banco, y permaneció un instante como irresoluto.

Levantóse luego, y dió una vuelta por la habitacion, habiendo recobrado antes su aire de inocente tranquilidad.

Al pasar junto á una de las puertas, deslizóse su mano sobre el pestillo, como una casualidad.

Aquel fué un golpe de barita mágica. La puerta se abrió sin producir el menor ruido. El Rorro dirigió una mirada rápida hácia su espalda, traspuso luego el dintel, y la puerta volvió á cerrarse, del mismo modo que se habia abierto, sin producir el menor ruido.

XIII.

Pedro Worms, (a) el Rorro.

Pedro Worms, llamado el Rorro, se encontraba en el comedor de M. el Marqués de Maillepré. En el momento de trasponer el dintel de la antecámara, sus cejas se habian fruncido, y su fisonomía habia cambiado completamente de carácter. Pero todo esto no habia durado mas de un segundo. Despues que la puerta se cerró tras él, Worms habia vuelto á recobrar su tranquilidad sonriosa.

—Esde Margués, murmuró mirando alre .

dedor de sí, doto lo diene perfectamente amue-
plato!...

Pero no se detuvo mucho tiempo á contem-
plar los muebles. Atravesó la sala sin hacer
mas ruido que si sus pies estuviesen descal-
zos, y esto sin esforzarse ni poner cuidado,
y solo por un efecto de la costumbre. Y al
verle caminar con las manos en los riñones,
nadie le hubiera tomado por un intruso.

El pasador de la segunda puerta se resis-
tió. Pedro Worms metió su mano con la ma-
yor tranquilidad en el ancho bolsillo de su le-
vita. Los ojos mas lince no hubieran distin-
guido lo que sacó despues.

Tenia Pedro Worms unas de esas manos
sutiles y movibles que ciegan los ojos consus
movimientos: era un escamoteador de primer
orden.

El objeto que habia sacado de su bolsillo,
rechinó suavemente dentro de la cerradura,
y volvióse á hundir inmediatamente con los
dedos de Pedro Worms entre los forros de su
levita.

La puerta estaba abierta.

La habitacion en que entró entonces el gor-
do alsaciano era el salon de recibimiento del
Marqués de Maillepré.

Worms dejó ver una plácida sonrisa de ad-
miracion al contemplar aquellas ricas colga-

duras de seda, y el oro que brillaba por todas partes en las magníficas molduras de los enmaderamientos de aquel salon. Tocó la alfombra, palpó los cortinages, y probó con el peso de su rolliza persona la muélla elasticidad de los sillones. Luego meció la cabeza con aire satisfecho, murmurando:

—Doto esdo es pella mende pello!...

Despues del salon seguian el gabinete y la alcoba del Marqués. Pedro Worms penetró en ellas sucesivamente. Tenia una llave mágica.

Desde luego visitó entrambas piezas registrándolas por menor; en seguida tendió sobre la cama del Marqués un inmenso pañuelo de hilo de Alsacia, y le llenó tranquilamente con todos los objetos que podian ser útiles. Metió en él hasta las chinelas del Marqués.

Cuando creyó completada ya su recoleccion, ató el pañuelo por sus cuatro puntas, y el enorme paquete desapareció entre los forros de su inmensa levita.

Algunos objetos menudos encontraron receptáculo en los bolsillos de su pantalon, y en la cavidad de su sombrero.

Y al poner por obra aquel saqueo atrevido, Pedro Worms conservaba todavia su apariencia sosegada y bondadosa. La serenidad de una conciencia pura brillaba en la fres-

cura esponjada de su rostro.

Despues de convencerse de que ya no habia alli nada que tomar, pensó en el objeto de su espedicion y dirijióse al escritorio del Marqués, no sin echar una mirada pesarosa á dos magníficos jarrones de China, encada uno de los cuales hubiera él podido tomar un baño, y que por consiguiente no cabian en sus bolsillos.

La cerradurita del escritorio no resistió mas á sus esfuerzos que la del salon.

Vióse Pedro Worms en un momento enfrente de tres cajones de palisandra en los cuales habia algunos papeles, muchas monedas de oro y muchos billetes de banco confundidos con joyas de gran valor.

El alsaciano estuvo á pique de entregar el alma, tal fuéla alegría que sintió á vista de tanta riqueza.

Púsose entrambas manos sobre su excelente corazon para comprimir sus latidos... Exaló un dulcísimo gruñido de felicidad, y permaneció algun tiempo inmóvil, antes de tocar aquel oro, como para prolongar su inefable deleite. Luego hundió de repente en los cajones sus dos manos estremecidas. Dió mil vuelta á los luses, cogiéndolos á puñados, acarició el suave papel de los billetes, hizo brillar en cambiantes las piedras preciosas, y

volvióse de nuevo al oro, que estrujó entre sus dedos murmurando sordamente. Despues se inflaron sus bolsillos, colmados de aquellas riquezas confundidas entre sí. El buen alsaciano guardaba sin contar, y cuando algun luis estraviado caia redondo sobre la alfombra, tenia la grandeza de alma de no inclinarse para recogerle, y,

—Esdo se gueda bara el griato, decia con su amabilidad acostumbrada.

Y continuaba apretando sus bolsillos completamente llenos.

La cartera encarnada se hallaba en el fondo de un cajon de secreto, oculto con unos legajos de papel.

Pedro Worms supo dar con ella. Era un rebuscador eminentemente hábil, á quien nada podia escaparse.

Comenzó por abrirla, con el fin de ver si contenia tambien algunos billetes de banco; pero la cartera no encerraba mas que los papeles arrebatados en otro tiempo á Jaime Western.

Pedro Worms no tenia ya sitio vacío en todo su cuerpo; se vió en la dura precision de arrojar, con un doloroso suspiro, las chinelas del Marqués para poder ocultar la cartera en alguna parte.

La expedicion estaba felizmente terminada.

Pedro Worms se dirigió de nuevo hacia la antecámara, cerrando detrás de sí todas las puertas, con muchísimo cuidado.

La de la antecámara giró, como la primera vez, sobre sus goznes, y Worms se encontró de nuevo con Nazario, dormido aun sobre su banco.

El alsaciano no habia empleado mas de un cuarto de hora en su expedicion.

Una idea diabólica pasó por su cabeza á la vista de Nazario.

—Si yo mediese alguna cosa en el bolsillo del señor Tracon!... se dijo.

Reflexionó un instante, y su mano se deslizó entre los forros de la levita.

Tenia sendas ganas de vengarse de Nazario; pero le hubiera sido preciso sacrificar aun algunas migajas de su botin, y ya habia tenido el dolor de abandonar las chinelas del Marqués!...

Faltóle valor.

Salió. En la primera antecámara donde se hallaban los criados, dijo al pasar por delante de ellos:

—Polperé... haced bresendes mis resbedos al señor Margués... Odro tia...

Saludó con la mayor atencion y bajó la es-

calera.

A pocos pasos de la casa, habia un carruage parado. Pedro Worms atravesó la calle sin apresurarse y montó en el carruage que partió inmediatamente al galope.

Dentro estaba Denisart. Era la misma mañana en que Biot le habia arrojado por el balcón de un primer piso; pero Denisart no parecia malferido.

Salvas algunas manchas de lodo que cubrian su raído ropaje, y algunos desolloncillos en las manos y en el rostro, el pedante se hallaba lo mismo que otras veces, y no parecia mucho mas feo que de ordinario.

—Tienes ya la cartera? preguntó á Worms.

—Sí, respondió el alsaciano.

Denisart se puso pálido de gozo, á través de las tintas rojizas que habia dejado en su rostro la última borrachera.

Aquella cartera le hacia dueño de mil escudos, y con mil escudos, Denisart respondia de chuparse muchos millones de sueldo...

—Dámela, dijo á Worms con impaciencia.

El alsaciano sacó la cartera de su bolsillo, pero no la soltó de la mano.

—Fos me hapeis brometido tosciendos brancos, replicó el Rorro.

El buen alsaciano tenia sobre sí valor de

mil luises.

Denisart, por el contrario, no poseía un óbolo, como de costumbre.

Aquella dificultad pudo ocasionar un verdadero conflicto, pero todo se arregló al fin, gracias á la buena voluntad del excelente Pedro Worms, que consintió en entregar la cartera, mediante un recibo de Denisart.

Este acto solemne se verificó sobre el mostrador de una taberna. Denisart recibió la cartera, y Pedro Worms se retiró á disponer su viaje, con el fin de disfrutar en su industriosa patria una fortuna adquirida tan honradamente.

Habia vuelto Biot, como ya hemos dicho, á la cámara de la abuela, sin haber logrado alcanzar á Denisart; porque al llegar á la esquina de la calle Culture-Sainte-Catherine, ya el pedante habia desaparecido.

A su regreso, encontró Biot á la anciana Duquesa privada del uso de la voz, y á Berta reducida á un estado de debilidad que parecia muy cerca del aniquilamiento. Respiraba la pobre niña con mucha dificultad. Tenia la cabeza apoyada en el respaldo de su asiento, y sus ojos estaban enteramente cerrados.

Ya sabemos hasta donde llegaba la adhesion de Biot; pero esta adhesion, por mas completa que fuese, no podia prestar á la inteligencia del bravo breton los recursos y la delicadeza de que carecia absolutamente.

Se sobrecogia con facilidad. La ternura de su corazon le privaba frecuentemente de la sangre fria necesaria en muchos casos; y á la verdad que, en las circunstancias estremas que rodeaban á todos aquellos á quienes queria con toda su alma, no era facil que Biot alcanzase como puede concebirse, á conservar siempre una tranquilidad de espiritu segura y firme... Otros mas hábiles que él hubieran perdido la cabeza.

Dos años hacia ya que una sucesion de males continuados pesaba sobre la familia, como si la mano implacable de Dios se empeñara en agrupar desventuras sobre los últimos descendientes de Maillepré.

Todos habian sido heridos á la vez.

No podia decirse cuál de los hijos del Marqués Raul habia logrado en aquella particion de infortunios, una lote mas cruel.

Berta se moria lentamente, y sin una mano fraternal que endulzase su agonía. En tanto que Gaston herido permanecia cautivo de una voluntad misteriosa, Santa, la pobre niña,

se veía arrancada del seno de su familia, y sufriendo tal vez la horrible desventura que arrastraba al sepulcro á Berta deshonrada...

Todas estas ideas se agitaban confusamente, chocándose entre sí, en la cabeza de Biot, que temia volverse loco. Sus ojos estaban fijos en un punto, su frente se llenaba de hondas arrugas, á los esfuerzos desesperados de su cerebro. Quería encontrar un medio de contrarrestar aquella fatalidad horrible, y se irritaba contra sí mismo al pensar que permanecía ocioso, inmóvil, en presencia de los Maillepré conducidos á la agonía... Demandaba al cielo con amargura una inspiracion que pudiese salvar á sus señores. Pero en su espíritu no habia mas que tinieblas. Su valor, firme hasta entonces, cedia ya oprimido bajo el peso de la desesperacion.

Su mirada seguia fija en Berta moribunda. Sus cejas estaban violentamente fruncidas... anchas gotas de sudor rodaban por sus mejillas.

Al cabo de algunos minutos, sacudió con un esfuerzo vehemente aquella postracion que le aniquilaba. Bajó con precipitacion la escalera del ala derecha, abrió el porton, y llamó al auvernés que solia reemplazarle durante sus ausencias.

No habia tenido el tiempo ni la serenidad

necesaria para desnudarse de su librea: estaba con la cabeza descubierta. Sus largos cabellos caian en desórden sobre el cuello galoneado de la casaca. Su camisa despechugada aun por los esfuerzos empleados para arrojar á Denisart, salia por fuera de su chaleco abierto, dejando ver el negro vello de su pecho.

Los pacíficos habitantes del Marais, que le vieron correr á lo largo de la calle de Francs-Bourgeois, se echaron á un lado precipitadamente para no servirle de obstáculo, y debieron sin duda contar á sus mugeres el peligro á que les habia espuesto aquel terrible encuentro...

Biot tenia el aire de un loco furioso. Habíase precipitado por medio de la calle, y corría con la cabeza baja dirigiéndose hácia la plaza Real. Dió vuelta á la esquina de la calle de San Luis, y fué á llamar con todas sus fuerzas á la puerta del número 26.

El triste Jalambot, á pesar de sus costumbres de obediencia tardía, debió acudir inmediatamente á aquel vigoroso llamamiento.

Abrió, pues, y siguiendo la órden espresa de Rogelana, asomó la cabeza á la portezuela de la portería, para llenar de improperios al insolente que osaba llamar con tanta fuerza. Pero á vista del personage formidable que

pasó por delante de él como una flecha precipitándose hacia el taller de Romeo, la voz del marido de la reina se ahogó en su paladar.

—Muy bien! Jalambot, desventurado! dijo Rogelana, que daba al mismo tiempo á su rollizo gato testimonios nada equívocos de pasión, le has dejado pasar adelante sin chistar siquiera... Ah! marica, marica!...

—Queridita mia... comenzó á decir dulcemente Jalambot...

—Silencio!... Eres un hombre que no sabe hacerse respetar, un calzonazos!... Todos pasan por delante de ti, sin saludarme siquiera, como si yo no fuera nadie!...

Jalambot se volvió hacia su muger, y respondió con ese tono dulce y sumiso que desarmaría á un tigre, pero que no es bastante á desarmar á las porteras casadas:

—Hijita mia...

—Silencio! exclamó nuevamente Rogelana, cada vez que se me falta al respeto, tú debías pagar por los inciviles!...

Rogelana se acaloraba al hablar de este modo. A no haber tenido á su enorme gato entre los brazos, su terrible escoba hubiera tomado sin duda parte en la conversacion. Pero el gato se hacia el cariñoso, atusaba sus barbas, levantaba las orejas y la dirigia tiernamente

sus ojos azules adormecidos.

El corazon irritado de Rogelana se enterneció. Dió un dulce beso á su gato entre oreja y oreja, y dejó en paz á Jalambot.

Si hay alguno que se asombre de ver figurar un gato (dueño de toda su integridad) entre nuestros personajes, nosotros responderemos simplemente que, en los Amores de París, seria muy propio olvidar los sentimientos de la portera...

Atravesó Biot el taller de Romeo sin cuidarse de los gritos de Luisillo y de Capirote, perturbados de improviso en su partida cotidiana.

Subió de cuatro en cuatro los pasos de la escalera, y fué á caer como una bomba en la habitacion del artista.

Romeo estaba en la cama. Hacia muy poco tiempo que habia vuelto á casa, despues de pasar la noche en la guardia de la calle de San Antonio.

Ya recordarán nuestros lectores que en el mismo instante en que Burot, Denisart y Roby, apostados en la calle de *Frans-Bourgeois* a las once de la noche, acechaban el momento favorable para verificar el rapto proyectado, Romeo se habia presentado de repente, al salir de la porteria de Biot.

Su presencia habia desconcertado sobre-

manera los designios del secretario de M. de Compans.

M. Burot, como ya sabemos; tenia sus razoncillas para temer á Romeo.

Este temor era tan poderoso en él, que al distinguir á los vislumbres de la luna las facciones del escultor, el valeroso raptor no encontró otra cosa mejor que volver á montar en su carruage.

Pero en el momento de poner el pié en el estrivo, habia escuchado los pasos de una patrulla, y una idea diabólica pasó inmediatamente por su cerebro.

Aquella noche, Denisart estaba predestinado á caer infinitas veces.

Burot aguardó á que la patrulla se aproximase á unos cien pasos: cuando llegó á distinguir las fornituras y todas las demas señales que nuestros soldados procuran ostentar á fin de no coger á los ladrones in fraganti, asió á Denisart que cayó tendido en medio del arroyo.

Entretanto la patrulla redoblaba el paso. Burot corrió hácia ella y pidió favor contra Romeo que acababa decia él, de aporrear brutalmente á su desventurado compañero.

Romeo quiso defenderse. El gefe de la patrulla, que era un hombre enérgico é inteligente, le cortó la palabra en nombre del ór-

den público.

El delito estaba visible. Y es sin duda muy conveniente que los hombres encargados de velar sobre la tranquilidad pública tengan ese golpe de vista rápido y seguro que distingue instantáneamente lo negro y lo blanco de todas las cosas. Romeo fué conducido al cuerpo de guardia.

Hubiérase podido prender tambien á Burot y sus dos acólitos; pero estos señores eran evidentemente hombres pacíficos y honrados. Tenian su carruaje.

Ciertamente que no pueden destinarse mariscales de Francia ni aun alumnos de la escuela Politécnica á hacer patrullas de noche por nuestras calles, pero seria tambien injusticia el exigir un respeto absoluto hácia la jurisprudencia de los cuerpos de guardia; un cabo de escuadra es hombre, y hombre muy falible. La consigna nos invade á paso de gigante. Sin hablar del soldado que introdujo una bala en el vientre á un infeliz borracho en las gradas de las Tullerías, basta pasar una hora bajo cualquiera de los vestibulos del Louvre para presenciar algun acto del despotismo militar.

Nosotros hemos visto, no hace muchos dias, á un centinela rehusar en aquel sitio la entrada á una pobre muger, coja por añadi-

dura que llevaba tres camisas en un pañuelo.

Sin discurrir mucho, se podría encontrar, en nuestro concepto, otra ocupacion mas digna de nuestros soldados, que la de hallarse siempre dispuestos á calar bayoneta contra viejas y niños. Pero esto entra, fuerza es decirlo, en un orden de cosas perfectamente recibido.

El pueblo, que es soberano, no está por cierto muy contemplado por nuestros usos. Se le exige un sueldo por pasar al puente histórico donde él plantó en julio la bandera tricolor. Solo un dia en el año pasa de valde.

En las dos entradas de esas brillantes galerías que enfilan con las casas en líneas recta abreviando el camino, se ha cuidado de apostar algunos inválidos, encargados espresamente de cerrar el camino á todos los que tienen mas necesidad de contar sus pasos. Los que teneis los brazos libres y os hallais en disposicion de pasear desahogadamente, pasad: pero vosotros, los que vacilais bajo el peso de una carga muy incómoda, haced un largo rodeo!...

Lo mismo sucede en el Louvre, y la consigna es todavia peor en las Tullerías.

Porque en las Tullerías no podeis entrar ni con blusa, ni con gorra: vuestro vestido de

trabajo, hijos del pueblo, está proscrito de aquel palacio que vosotros habeis conquistado!...

En cuanto á los placeres, el presupuesto subviene á los teatros, pero no á los vuestros. Ya no teneis ni aun ese único dia en todo el año, en que os era permitido sentaros gratis en las brillantes lunetas de la Opera, ó sobre los clásicos bancos del Teatro-Frances.

Pagais á nuestros cantantes y á nuestros trágicos, teneis derecho para enorgulleceros de ellos, y admirar sus talentos de oídas.

La llegada de Biot despertó á Romeo.

Este no comprendió al primer anuncio la desgracia de Santa, y se hizo repetir dos veces la relacion de lo que habia pasado.

Luego que hubo comprendido, saltó de la cama y comenzó á vestirse con una precipitacion extraordinaria, y en el mayor silencio.

—Qué vamos á hacer? Dios mio, que vamos á hacer? decia Biot.

Romeo continuaba vistiéndose á toda prisa, y nada respondia. Cuando hubo concluido completamente, apareció casi tan dudoso y turbado como Biot.

Aquel golpe le heria tan cruelmente, que el vigor resuelto y repentino que era pro-

pio de su carácter, estaba como paralizado. Permaneció un instante enfrente de Biot, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Las miradas indecisas de los dos se cruzaron: sus ojos se interrogaban mutuamente, buscando con avidez una inspiración ó un consejo. Pero nada había en ellos, nada más que dudas, turbación y tristeza.

Al fin Romeo dió algunas vueltas por la habitación y apretóse la frente con ambas manos, como para sujetar sus ideas estraviadas y perdidas.

—Es preciso obrar, dijo Biot; cada minuto perdido es una desgracia espantosa!...

Romeo le impuso silencio con un gesto y continuó en su meditación, queriendo encontrar una luz que le guiase entre las tinieblas confusas de su cerebro.

Al descubrir de nuevo su semblante, Romeo había ya triunfado de sí mismo. Su frente se enderezó mas tranquila; sus ojos brillaron de inteligencia y de valor.

Biot se sintió también animado de esperanza solo al mirarle.

—Tomad un carruaje, dijo Romeo con voz firme y rápida, haceos conducir á la prefectura de policía y dad allí cuenta de

todo lo que habeis visto.

—Es verdad, murmuró Biot, Pero vos?...

—Yo, repuso Romeo, yo... voy á seguir un hilo que puede tal vez conducirme hasta Santa... Espero...

Biot se precipitó á él, asióle una mano y la apretó contra su pecho.

—Ah! si la salvais, murmuró el buen Juan Maria con una voz ahogada por la emocion, si la salvais!... yo no tengo nada que dar en el mundo, pero cada dia, cada hora hasta el fin de mi existencia, rogaré á Dios del cielo que os haga venturoso!...

—Manos á la obra! dijo Romeo apretándole fuertemente la mano.

Ambos bajaron la escalera y dirigiéronse á la calle.

El sumiso Jalambot se habia colocado sobre el umbral de la puerta para aguardar á Biot y pagarle todos los improperios que le debia. Pero Rogelana se habia cogido para sí sola todo el valor correspondiente á los dos... Jalambot no se atrevió á despegar sus labios.

Biot y Romeo se encaminaron corriendo al boulevard y subieron cada uno en su carruaje.

Biot partió hácia la prefectura de policía.

Romeo se hizo conducir al arrabal de Saint-Honoré, al palacio del Duque de Compans-Maillepré.

FIN DE LA CUARTA PARTE.

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

PARTE QUINTA.

EL SALON DE LOS ANTEPASADOS.

1.

La Caja de Oro.

Romeo, un cuarto de hora despues de haberse separado de Juan Maria Biot, se apeaba junto á la puerta del pequeño palacio de Maillepré.

Dió al portero el nombre del Duque y pa-

só sin ceremonia como un amigo de la casa. En la antecámara le dijeron que el Duque estaba fuera de casa.

Romeo se encontró fuertemente embarazado con aquella noticia; él sabia con certeza que el Duque era el autor del rapto de Santa. Hubiera apostado su vida á que el instrumento de aquel rapto habia sido el hombre que él habia encontrado ya en dos diferentes ocasiones, una bajo el peristilo de la Opera y otra en la portería de Biot en el antiguo palacio de Maillepré.

Aunque no le hubiese reconocido la noche anterior entre aquellos hombres de traza sospechosa que rondaban las ventanas de Santa, Romeo abrigaba la convicción de que él era uno de ellos. Pero ignoraba su nombre. A falta del Duque, el ver á aquel hombre era muy importante, tal vez era un golpe decisivo... Cómo preguntar por él?...

Romeo hacia estas reflexiones, inmóvil en medio de la antecámara, y ya los criados comenzaban á mirarle con curiosidad.

—Me interesaba mucho ver á M. el Duque, dijo al fin el artista, porque me trae un asunto de la mas alta importancia. Pero en último caso, yo puedo franquearme con el que represente aqui su persona... con el hombre de su confianza... porque el asunto no ad-

mite demora.

—Si quereis hablar al secretario de M. el Duque... dijo un criado.

—Precisamente, respondió Romeo.

Buscaron á Denisart, que era el verdadero secretario, pero no pudieron dar con él. El pedante aguardaba en aquel momento, metido en su carruaje, la vuelta de Pedro Worms, que entraba á saco la casa del Marqués de Maillepré, ausente á la sazón.

—El señor Duque, dijeron á Romeo, tiene otro secretario; pero...

—Hacedme ver á ese otro secretario, replicó Romeo.

Este otro secretario era M. Burot, que habia vuelto al palacio una hora antes, despues de haber llenado sus funciones, como ya hemos visto en la casita de recreo. Dormia entonces á pierna suelta, recuperando asi las fuerzas perdidas durante la noche, y nada esperaba él menos que aquel rayo próximo á caer sobre su cabeza.

Romeo siguió al criado, que fué á llamar á la puerta del dormitorio de Burot... Este no respondió.

El criado se volvió á Romeo con unaire que queria decir:

—Yo no puedo hacer mas; volved á otra hora.

Pero no eran estas las ideas del escultor, que con un movimiento muy natural echó atrás al criado, hizo girar la llave, y entró sin ceremonia.

Despues cerró la puerta tras de sí.

—Será algun acreedor, dijo para sí el doméstico; entonces allá se las avengan!...

Burot estaba echado con el rostro vuelto hácia la luz, Romeo reconoció á su hombre á la primera ojeada. Arrastró una silla, sentóse á la cabecera, é hincó un dedo sobre el hombro del secretario. Este dormia profundamente. Pero el dedo de Romeo era harto vigoroso y comenzaba ya á hundirse entre la carne de Burot.

Este gimió, gruñó, se revolcó y acabó por incorporarse sobre la almohada frotándose los ojos.

Burot en aquella actitud no tenia por cierto nada de agradable.

La blancura de la almohada contrastaba con su semblante coloradillo y huesoso. Para parecer feo solamente, el perillan necesitaba adornos y tocador.

Al abrir sus ojos pestañeando sin cesar, como deslumbrados por la claridad del sol, Burot no reconoció á Romeo. Pasado un segundo, el perillan cerró sus ojos espantados, haciendo esfuerzos para no volverlos á abrir.

de nuevo.

Sin duda Burot se creía presa de un mal sueño... Pero el dedo del escultor se hincó fuertemente sobre su hombro, casi hasta hacer un agujero.

Entonces Burot dirigió alrededor de sí una mirada tímida y cobarde. Sus pómulos palidieron: todo su cuerpo se estremeció convulsivamente bajo la ropa.

Ya no podía dudarlo por mas tiempo: aquello no era un sueño. Romeo, el hombre terrible que le habia arrancado sus dos dientes y su pipa, estaba allí delante de él, sereno, frio, severo, mil veces mas terrible que en sus accesos de furor. Burot se incorporó á medias sobre el codo, y quedóse con la boca abierta.

Romeo tenia clavados en él sus ojos con una frialdad cruel que le fascinaba... El escultor no decia una palabra.

A medida que este silencio se prolongaba, el secretario sentia crecer en sus adentros los instintos del miedo y del terror. Estaba completamente inmóvil; solo sus párpados se agitaban estremecidos con un movimiento lento y periódico.

Y Romeo seguia silencioso. Burot se ahogaba: sus piernas se estremecian violentamente bajo la ropa. Dos gotas de sudor rodaron des-

de su frente hasta el cuello de su camisa.

— Yo haré todo lo que querais, balbuceó él antes que Romeo hubiese tomado la palabra.

— Levantáos, le dijo el escultor.

Saltó Burot de la cama, quiso comenzar á vestirse, pero temblaba tanto y estaban tan turbados sus ojos, que apenas distinguía las diferentes prendas de su trage. Sus calcetas, su pantalon, todo parecia haberse enangostado: Burot no cabia en sus anchos vestidos.

Romeo tuvo paciencia durante un minuto...

Al cabo de este tiempo repuso con la mayor frialdad:

— Despachaos!

El infeliz Burot dejó escapar su pantalon de entre las manos. Romeo era para él la cabeza de Medusa. Se hubiera privado de jugar un año y un dia, con tal de verse desembarazado de aquel coco.

Sus mejillas, poco antes tan coloradas, estaban en aquel momento lívidas: era un espectáculo grotesco el de aquella cara enflaquecida, huesosa y espantada, que se perdía como un puño entre los enormes mechones de una cabellera crespa y una barba erizada.

Burot recobró con presteza su pantalon y se le puso apresuradamente. Su corbata azul

con flores amarillas quedó anudada en un santiamiente: su chaleco de color de fuego se contentó con un solo boton, y todo su trage conservó el polvo del dia anterior. Tomó su sombrero y alisóle la seda con el codo delante de Romeo, en la actitud de un niño bajo la férula de su severo preceptor.

Romeo se levantó.

—Seguidme, le dijo.

Burot se quedó inmóvil, dividido entre su terror presente y el miedo de lo que podia sucederle despues, si dejaba su domicilio para ponerse á merced de Romeo.

Hizo un esfuerzo heróico sobre sí mismo, para recobrar el aire resuelto que le era habitual.

—Ah! sí... dijo queriendo sonreirse; pero dónde diablo vais a conducirme de este modo?...

Romeo, que se dirijia hácia la puerta, se detuvo y volvióse hácia el secretario. La sonrisa de este concluyó por un gesto de amargura.

—Es necesario que yo sepa a donde me llevais!... dijo Burot con voz quejumbrosa.

Romeo no respondió, y señalóle la puerta con un gesto imperioso.

—Pasad adelante, dijo.

M Burot hizo un movimirnto como de re-

beldía. Encojióse de hombros y calóse el sombrero con cierto aire de resolución. Se hubiera podido creer que iba en fin á oponerse á aquellas órdenes dadas con tan laconico desprecio. Pero inclinóse de nuevo aterrado por la mirada de Romeo.

Traspuso el umbral de la puerta; Romeo le siguió diciendo.

—Os prohibo hacer el menor gesto al atravesar la antecámara... Voy detrás de vos.

Así bajaron la escalera del palacio.

Burot, siguiendo al pie de la letra las órdenes recibidas, pasó la antecámara con la cabeza inmóvil y el cuello enhiesto sin atreverse á mirar ni á derecha ni á izquierda. Sentía al terrible escultor á sus espaldas.

Al salir Romeo, arrojó una tarjeta al lacayo.

—Ofreced mis respetos á M. el Duque, dijo, y prevenidle que volveré á visitarle....

Al llegar al patio, Burot exhaló un fuerte suspiro. Entonces no pudo ya menos de dirigir á la garita del portero una mirada de lamentable angustia.

El portero le saludó respetuosamente.

En la calle esperaba el fiacre.

—Subid, dijo Romeo.

Burot se sintió desfallecer en aquel momento. Hasta entonces, la presencia de la servi-

dumbre del Duque le habia protegido en cierto modo.

Iba á encontrarse solo con Romeo. Esto era terrible.

Pasaba mucha gente por la calle: hubo un momento en que Burot quiso echar á correr gritando: al asesino! Pero el dedo de Romeo le atemorizó cayendo sobre su hombro.

—Subid, repitió en voz baja el escultor.

Burot subió al carruaje. Cuando estuvo dentro, Romeo asomó su cabeza á la portezuela.

—Vos sabeis perfectamente de lo que se trata, dijo el artista; toda esplicacion seria superflua... A dónde vamos?

Burot hubiera querido echarse á reir; pero sus labios contraidos no sabian entonces mas que gestear dolorosamente.

—A dónde vamos! repitió él procurando darse á pesar de su turbacion un aire desenvuelto; á fé mia, yo no sé una palabra sobre el asunto.

—Tened en cuenta... dijo Romeo.

Burot mudó de tono inmediatamente.

—Iremos adonde vos querais, dijo humildemente.

—Escuchad, repuso el escultor apretando los dientes; temo perder mi paciencia... Vos sabeis muy bien lo que yo busco...

Ella no puede hallarse en el mismo palacio de M. de Compans.... A dónde la habeis llevado?...

Ciertamente, el desventurado Burot temia mas que Romeo ver á este perder su paciencia. El escultor no se equivocaba: el perillan sabia perfectamente de lo que se trataba. Y esto era justamente lo que hacia mas terrible el dilema de su situacion.

Por un lado, Romeo... y cómo resistir á la elocuencia irresistible de sus argumentos? Por el otro, el Duque, que no tenia dispuestos solamente los cordones de su bolsillo, sino que era ademas implacable y sabia vengarse cruelmente.

Burot acusaba de injusto al cielo!.... Todas sus tribulaciones procedian del cumplimiento de su deber... Tardó en responder algunos momentos.

Romeo pasó el estribo de un salto, sentóse en el fiacre frente á frente del secretario, y cerró bruscamente las dos portezuelas, bajando ademas las cortinas.

Burot exaló un profundo gemido. Giró sus ojos errantes alrededor de aquella caja cerrada, donde se hallaba preso como en una trampa y á merced de un enemigo implacable. Ya se imaginó muerto, pulverizado... Mil fúnebres fantasmas pasaron por delante de sus

ojos...

Las cortinas solo dejaban pasar una luz rojiza y lúgubre. Burot sentia comprimirse su corazon y le parecia que ya nadaba en su propia sangre.

Imaginaba los bolsillos de Romeo llenos de pistolas y de puñales. Y él solo estaba montado á prueba de bastonazos.

—Yo os lo diré todo, murmuró al fin; tened compasion de mí...

—A dónde vamos? repitió Romeo.

Burot dió un tierno adios á los magníficos emolumentos que sacaba de la casa de M. de Compans, y pronunció en voz baja el nombre de la calle y el número de la casita de recreo.

Romeo volvió á abrir la portezuela y dió sus órdenes al cochero. El fiacre partió inmediatamente.

—Supuesto que lo sabeis todo, dijo Burot, ya no teneis necesidad de mí... puedo retirarme?

—No! replicó Romeo.

El secretario no se atrevió á insistir.

El día comenzaba a declinar, cuando llegaron á la calle de Pontieu. El fiacre paró cerca de la casita de recreo.

—Bajad, dijo Romeo.

Burot juntó sus manos, murmurando:

—Oh! no me hagais entrar allí! . . el Duque me mataría!...

Romeo le señaló el estribo con ese aire á que el desventurado secretario no sabia resistir.

Se vió en la dura precision de bajar. Pero el Duque estaba entonces muy cerca: los dos terrores de Burot se equilibraban. El miedo que le inspiraba su amo, contrapesaba casi el miedo inspirado por Romeo; el buen secretario no sabia á cual atender primero.

Desde el momento en que entró en el portal, su paso comenzó á hacerse mas lento; al fin acabó por quedarse parado de repente.

—Vamos, dijo bruscamente Romeo.

El infeliz secretario dejóse caer de rodillas.

—Sé bien que me va á matar, dijo; qué ventaja sacareis vos de la muerte de un pobre hombre?

Romeo se levantó á la fuerza.

—Adelante! dijo el escultor, obligándole á continuar su camino; tú me servirás de introductor... yo no tengo tiempo para detenerme á buscar la brecha de este castillo.

Tenia asido á Burot por el ojal de la levita. Este, mas muerto que vivo, se dejó arrastrar hasta el patio que precedia á la casita de recreo.

Al llegar allí, dirigió una mirada de terror á las ventanas, como si hubiese temido encontrar en ellas la mirada amenazante de su amo.

En las ventanas no habia nadie.

Al bajar de estas, la mirada de M. Burot se fijó en la puerta.

Vió entonces con una sorpresa inesplicable que esta puerta, siempre cerrada, estaba en aquel momento de par en par...

La curiosidad se sobrepuso por un instante á su terror. Dirigióse á la puerta, y á la última claridad del día que declinaba, notó en el pestillo evidentes señales de fractura.

El escudo de la cerradura estaba como quebrantado; el pasador mostraba los estremos abriantados de su rotura.

Burot subió suavemente la escalera; Romeo le siguió.

En el primer piso, lo mismo que abajo, las puertas estaban de par en par.

Burot, al asomar con curiosidad su cabeza, sintió distintamente el chasquito de una pistola al montarse.

Romeo le oyó tambien.

Burot retrocedió, como si el cañon del arma estuviera ya junto á su pecho.

Hizo una seña al secretario para que se retirara, cuando gustase. El buen Burot, apro-

vechándose de aquella licencia tan ardientemente deseada, se puso de dos brincos en el patio, y luego en la calle.

Solo ya, Romeo penetró en la antesala, donde las celosías estaban cerradas, y reinaba una completa oscuridad. Dirigiase entre tinieblas hácia el sitio en que se habia sentido el golpe de la llave de una pistola.

En el antiguo palacio de Maillepré, M. Williams estaba sentado á la mesa.

John Robertson le servia la comida.

Era poco mas ó menos á la misma hora en que Biot montaba en un carruage para dirigirse á la prefectura de policía.

El dia comenzaba ya entonces á declinar.

Toby Grant entró en la habitacion en que su amo estaba concluyendo de comer.

—Creo que el señor está enfermo, dijo Grant, yo nunca le habia visto así... Hace mas de una hora que se halla sollozando en su cama, y murmura algunas palabras, que no puedo comprender.

M. Williams tiró su servilleta, y levantóse de la mesa inmediatamente. Dirigióse en seguida hácia la antigua biblioteca del palacio que servia de dormitorio á Oguah, é hizo señas á sus dos criados para que le siguiesen.

Al acercarse á la biblioteca, apresuró su paso, y comenzó á caminar con cuidado para no producir el menor ruido.

Antes de trasponer el umbral, ya pudo escuchar los sollozos del anciano.

Entró. Oguah estaba echado a la larga sobre la manta, con los codos sobre el suelo y la cabeza sostenida entre las manos. Tenía la espalda vuelta hacia la puerta. Solo se distinguía desde allí la línea de su perfil; pero entre su brazo y su mejilla M. Williams creyó ver abundantes lágrimas que caían sobre la paja de su cama. En el semblante del americano se pintó una espresion de ternura filial.

Adelantóse conteniendo su respiracion, y pisando con el mayor cuidado.

Oguah continuaba sollozando, y sin saber que le acechaban... Sus sollozos se mezclaban con querellas confusas y palabras ininteligibles. A veces dejaba caer la cabeza sobre sus brazos cruzados. Su cuerpo, enflaquecido por la vejez, se estremecía al choque violento de un inmenso dolor. Luego su frente se enderezaba apoyándose en las palmas de las manos. Entonces parecía contemplar un objeto colocado inmediatamente bajo sus ojos.

M. Williams no podia ver aquel objeto;

los hombros de Oguah se lo estorbaban.

Conforme avanzaba de puntillas, los gemidos del gran gefe llegaban menos confusos á su oído.

M. Williams pudo conocer muy luego que eran quejas en lengua indiana, quejas ó mas bien una especie de plegaria misteriosa, entremezclada con suspiros.

M. Williams no osaba acercarse mas, temiendo llamar la atencion de Oguah, que se irritaba siempre que se le sorprendia asi en sus momentos de dolor. Limitábase á escuchar, y sorprendióse de un modo indecible al oir, en medio de los sordos gemidos de Oguah, el nombre de Berta, pronunciado muchas veces en francés.

—Berta! murmuraba el anciano, valiéndose á veces de los giros enfáticos del language de los Cherokos; Berta! yo te veo todas las noches... mis sueños te conocen... y tú eres siempre joven en mis recuerdos... Berta, oh! Berta, yo te amo, como te amaba... Tú eres siempre mi tristeza y mi alegría... toda mi existencia está en ti...

Estremeciéndose bruscamente, su voz se volvió ronca y temblante por el furor.

—Y ese hombre! murmuró, oh! ese hombre á quien hedado muerte!... Ella ama su memoria!... Héle ahí! héle ahí!... Que no pueda yo

matarle otra vez!....

En el movimiento que habia hecho Oguah, la mirada de M. VWilliams se habia deslizado entre su brazo y su costado: entonces habia columbrado un objeto brillante, cuya forma no pudo distinguir precisamente.

Antes de que acercase sus lentes á los ojos, el gran gefe fijó nuevamente en el suelo sus dos manos, y cubrió el objeto brillante.

—Yo!... repuso Oguah estremeciéndose y llorando; ella me aborrece!... No ha sido ayer cuando me ha rechazado con el pié?... Su pié quema todavia mi pecho!....

Inclinóse lentamente como desfallecido: sus sienes tocaron el suelo.

M. VWilliams escuchó este monólogo con un interés ávido y creciente. Por un instante, el nombre de Berta pronunciado á deshora habia despertado en él vagas esperanzas. Estas esperanzas habian tomado cuerpo en algun modo al escuchar las palabras de Oguah que parecian relacionadas entre sí, y se referian á sucesos sobre los que el gran gefe habia guardado siempre un obstinado silencio....

Este hombre iba á despertar al fin de su demencia, á recobrar su vida comenzándola desde el mismo punto en que la habia dejado veinte años antes!....

M. Williams se mantenía inmóvil anhelan-

do con ânsia escuchar nuevas palabras que fuesen á confirmar su esperanza... Oguah enmudeció. Solo se escucharon ya los sollozos desgarradores de su pecho, que agitaban convulsivamente todo su cuerpo. Hubo un momento en que su cabeza fatigada buscó un apoyo menos duro en la paja de su lecho.

Este movimiento puso de nuevo á la vista de M. Williams el objeto brillante que este habia distinguido ya.

M. Williams asestó inmediatamente su antejo. A la primera ojeada reconoció con un asombro inesplicable la caja de oro que él habia visto con frecuencia en Améica entre las manos de madama la Duquesa Berta, y de la que habia ya hablado en su memoria.

La caja estaba abierta. M. Williams distinguió y reconoció el retrato de M. el caballero Ryonne, muerto en otro tiempo por el Duque en singular combate. Entonces no pudo reprimir completamente un grito de sorpresa.....

Oguah, por un movimiento mas rápido que una centella, ocultó la caja de oro bajo la manta.

Despues saltando con una agilidad que no hubiera podido esperarse de su vejez, colocó sus dos manos sobre los hombros de M. Williams y le miró cara á cara.

Sus ojos, estinguidos de ordinario, brillaban con una espresion amenazante.

—Qué has visto? dijo con su voz gutural y profunda.

M. Williams tuvo bastante presencia de espíritu para responder sin vacilar:

—No he visto nada, mas que á mi padre que dormia.

El gran gefe le interrogó todavia un instante con los ojos; luego los músculos de su rostro se dilataron, y sus brazos cayeron estendidos...

—La sangre de Oguah es roja, dijo como quien repite maquinalmente un estribillo familiar; Oguah es un gran gefe!

Sentóse sobre su manta, tomó su larga pipa y la cargó de tabaco.

M. Williams llamó á John Robertson que trajo fuego.

Oguah, segun su costumbre, comenzó á fumar, modulando las notas lentas y monótonas de su canto indio.

M. Williams hizo seña á John para que se retirase. El mismo solo permaneció algunos minutos en la biblioteca.

Alejóse al cabo de este tiempo, cerrando la puerta y dejando á Oguah completamente solo.

FIN DEL TOMO SESTO.

